EL PIRATA NEGRO

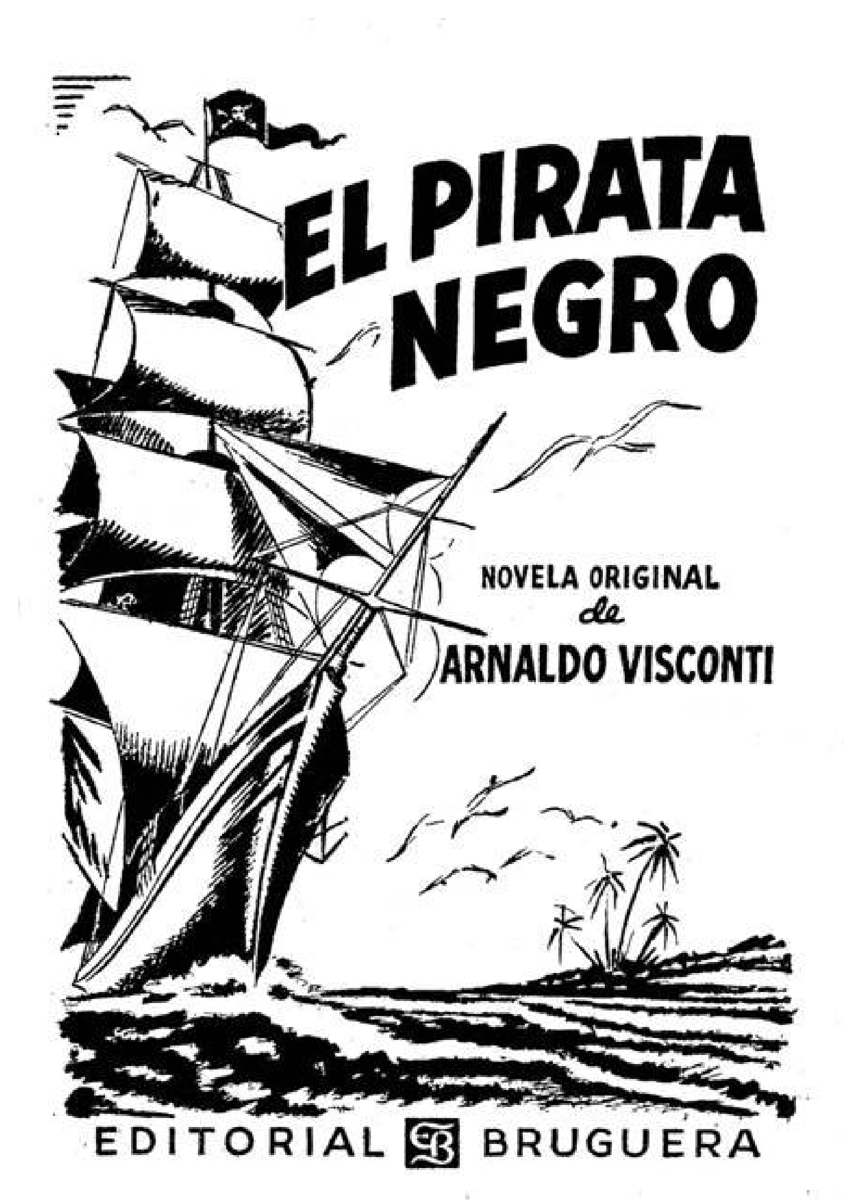
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

PROVENSAL

3 PTAS

LOS NEGREROS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los negreros

Colección El Pirata Negro n.° 47

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


los
NEGREROS

PRIMERA PARTE

EL NUDO GORDIANO

CAPÍTULO PRIMERO

Baile en la plaza del Adelantado

A las nueve de la noche del 17 de marzo del año de 1711, un escuadrón de caballería marchaba al paso, acompasando la marcial cabalgata los estridentes sones de los clarines de los cuatro jinetes que iban en cabeza, abriendo marcha.

Una ligera lluvia, casi impalpable, goteaba cansinamente rezumando líquida melancolía. De vez en cuando, se elevaba un repique de campanas, y los tañidos de bronce, graves y monótonos, acentuaban la impresión de misticismo que emanaba de las recoletas calles de la ciudad de La Laguna.

A lo lejos, en el fértil valle encajonado entre montañas, una miríada de luces parpadeaba, creando la ilusión de un tapiz de estrellas a ras del suelo.

Eran las linternas de los barquichuelos que atravesaban la extensa laguna que daba nombre a la ciudad elegida por los conquistadores españoles como capital de la isla tinerfeña.

El escuadrón se detuvo al desembocar en una gran plaza, cubierta por completo por un inmenso techo de lonas cosidas entre sí. A los lados de la plaza, varias mesas con profusión de rica vajilla, soportaban fastuosos candelabros y tras ellas aparecían mullidos sillones, custodiados por lacayos de lujosa librea con los colores de la bandera española.

Iba a celebrarse un baile donde los majestuosos acordes del "minué" simbolizaran la concordia definitiva reinante entre los naturales de la isla representados por la nobleza lagunera y santa crucera, y los antiguos conquistadores, representados por la guarnición peninsular.

Gracias a las cualidades diplomáticas del que era entonces Adelantado Mayor, coronel conde del Prado, era ya completa y sin

reservas la fusión espiritual de la raza guanche y la castellana.

El conde del Prado, nacido en la ciudad de La Laguna, distinguióse en el año 1706, es la defensa de la isla contra el superior ataque de la escuadra inglesa, y como recompensa obtuvo el mando supremo de la isla.

Continuó la labor “casamentera” de sus predecesores, entroncando miembros de las familias peninsulares con los sucesores de los que dos siglos antes habían combatido a muerte contra el invasor.

Donde antaño atronó el espacio el fragor de los combates, había ahora un entoldado bajo el cual poco después daría comienzo la serie de ceremoniosas reverencias con las que fundidos en una sola raza, guanches y castellanos, bailarían a los acordes de frágil armonía del más pacífico “minué” creado por la exquisitez francesa.

El escuadrón de caballería puso pie a tierra y ¡dividiéndose en cuatro grupos, al mando cada uno de un oficial, ocupó los espacios abiertos destinados a dar entrada a los invitados.

Los curiosos que no habían tenido la fortuna de contarse entre los privilegiados, apiñábanse alrededor de la plaza, dispuestos a comentar a sus anchas cuanto vieran.

Algunos clérigos diseminados por entre la muchedumbre expectante, ponían con sus severos atuendos, un cierto freno en los comentarios.

Los primeros en llegar fueron los oficiales francos de servicio; los casados acompañaban a sus familiares, y varios de los solteros recibían de sus superiores consejos que tenían acentos de orden, para que rindieran pleitesía a las damiselas del país que se hallaran sin galán.

En uno de los cuatro espacios destinados a entrada, descabalgaron dos individuos que, acercándose al abrevadero, buscaron buen sitio para sus blancos caballos, que grabado en el anca llevaban el distintivo de la yeguada militar.

Miguel Angel Diestro, oficial santacrucero, departía en la entrada con otro oficial peninsular.

—También ha sido mala jugarreta la del Ayundante, al nombrarme de servicio. Yo no entré en el ejército para servir de portero.

—Todo por la patria—sonrió el otro, burlón. —No te apures. Yo

sacaré de pareja a la beldad que usufructúa tus actuales suspiros.

—Oye, ¿y esos dos que acaban de llegar? ¿Pues no montan pencos nuestros? No son de la guarnición. Vienen hacia acá. Trazas tienen de forasteros. Que se chinchen, porque no entran.

Los dos que se aproximaban eran detonantes en su diferenciación. Uno de ellos aparentaba unos treinta y cinco años. Era alto, espigado y de anchas espaldas. Vestía con suma distinción y su rostro enjuto, de severa línea ascética, denotaba un carácter de orgullosa reserva y frialdad.

El otro, cuarentón, de ceño adusto, tenía el adusto aspecto de lo que era un capitán mercante.

Miguel Ángel Diestro se interpuso cuando ambos iban a entrar en la plaza, donde ya la orquesta afinaba sus cuerdas.

—Baile privado, señores míos.

El más alto entregó una cartulina, y el otro le imitó. Miguel Angel Diestro se apartó... Las invitaciones estaban en regla.

El otro oficial leyó los nombres escritos en las cartulinas:

—Capitán Basil Hoss... Capitán Arnau Montané... ¿Qué te parece, Angelote? Un inglés y, un catalán con paso libre; y tú aquí de portero. ¿No es eso vergonzoso?

—No me calientes y vete a zumbar a otro lugar.

—¡Ya caigo! ¿Sabes por qué esos dos forasteros montan caballos de la yeguada? Son los capitanes mercantes, cuyos barcos tuvieron entrada franca a la playa de San Andrés, al ser respaldados por el alférez Leoncio de Bethencourt. Yo no quiero hablar mal de Leoncio, pero me huelo que se dispone a meterse en un asunto poco honroso.

—Vosotros los “godos” siempre andáis dispuestos a murmurar de los de la isla. ¿Por qué no vuelves a tu tierra y nos dejas en paz a los que estamos en la nuestra?

—Bien me conoces y sabes que si estoy aquí, es porque me gusta más tu novia que la que tengo en la península. No te encabrites, buen mozo, que no me puse yo a rebuznar cuando tú me quitaste a la...

—Olvidemos esos asuntillos—rechazó negligentemente el tinerfeño— ¿Qué tienes que decir en contra de Leoncio?

—Yo estuve viendo de lejos, desde la playa, los barcos allí anclados. Tres de ellos tienen estampa de buque negrero. ¿He dicho

algo?

—Tú estás siempre sin un real y sientes envidia de Leoncio, porque tiene la bolsa repleta—y Diestro bajó la voz—. ¿Sabes de buena tinta que esos dos que acaban de entrar son negreros?

—Yo me he limitado a decir que son capitanes de naves que tienen estructura de buque negrero. Nada más. Y fue Leoncio quien consiguió con su garantía, que entraran sin estorbo en aguas de la playa y también fue él quien les logró caballos.

—Tú me hueles a espía, machadlo. Te enteras de muchas cosas...

—Me las cuentan sin que yo las pida. ¡Anda, portero! Atiende a los señores que llegan...

Instantes después, Miguel Angel Diestro, murmuraba meditativo:

—Cierto que esos dos que entraron antes tienen cara de pocos amigos. Uno de ellos, el alto, puede aun pasar. Pero el otro, el catalán, tiene rasgos de verdugo.

La psicología del joven oficial fallaba. Pero no podía saber que Basil Hoss había comido carne humana, complaciéndose en la agonía de cuatro compañeros y que, en cambio, el otro, hasta entonces, había sido un honrado mercader.

Basil Hoss aproximóse a la mesa más cercana y fue leyendo las cartulinas instaladas en los recuadros ante los sillones.

Halló la suya y miró la cartulina vecina.

—Ágata Le Couen—leyó Montané, en voz alta—. Esa es vuestra dama, ¿no?

—Sí. Buscad ahora vos vuestro lugar. Podemos separamos, capitán Montané.

Halló Montané su cartulina en una mesa distante de la que ocupaba Basil Hoss. Formáronse parejas para el primer baile y Arnau Montané, para quien la música era “un ruido detestable”, instalóse en su sillón.

Un joven oficial, apuesto y de rostro simpático, fue a saludarle instalándose a su lado:

—Permitid que me presente, capitán Montané. Soy el alférez Leoncio de Bethencourt.

—¡Ah!... — dijo prudentemente el catalán—. Honradísimo.

—Atendiendo a las recomendaciones fie la señorita Blanca Zarzales, me complació salir garante de vuestras pacíficas intenciones. Ya sabéis que en esta isla siempre debemos estar alerta

contra cualquier posible ataque por mar. Y la llegada de cuatro naves, una tras otra, podía sembrar alarma. Pero la señorita Blanca Zarzales me manifestó que tanto vos como vuestros amigos, teníais intención de dedicaros al comercio instalando en su tiempo almacenes en la isla. Por cierto, que me extraña ya la tardanza de Blanca… de la señorita Zarzales.

—¡Ah!…—repitió Montané, entornados los párpados.

Meditaba con cautela. Un desconocido le estaba hablando de una desconocida… ¿O era una prueba poco satisfactoria, de su discreción?

—Ella es una intrépida amazona, que ha revolucionado un poco el concepto de lo que debe hacer una mujer. Sale sola, a caballo, sin dueño ¿os dais cuenta?

—Manifestación de un espíritu independiente.

De pronto, tuvo Montané noción de dónde había oído antes el nombre de Blanca Zarzales. Era la “elegida” para que el siciliano presuntuoso se dedicara a cortejarla.

—¿Os aburrís, capitán Montané?

—Soy casado y no sé bailar. Hacedlo vos, señor. Agradezco vuestra cortesía. Id con la juventud. Bailad animosamente. No desperdiciéis el tiempo, que luego es tarde para recuperarlo.

No podía Leoncio de Bethencourt explicar que para él, sólo existía una mujer en el mundo y que donde no estuviera Blanca Zarzales, todo se le antojaba mustio y desprovisto de alegría.

Había bastado que Blanca Zarzales le insinuara que debería obtener la garantía para la entrada de cuatro naves mercantes. Sin pedir más aclaraciones, el joven oficial había hablado con sus superiores.

Regresó a la mesa, mirando la silla vacía, ante la que aparecía la cartulina con el nombre de “Blanca Zarzales” y a ambos lados, dos nombres: el suyo y el de “capitán Rino Preziosi”.

Unos incipientes celos se forjaron en la mente del joven oficial, al pensar en que quizás Blanca Zarzales manifestó tanto interés por los capitanes mercantes, porque… Rino Preziosi fuera de su agrado.

Siguió el baile su curso y la beldad de rubios cabellos y verdes ojos que tan ansiosamente aguardaba Leoncio de Bethencourt, no aparecía.

En cambio, vio entrar a un forastero, de arrogante prestancia,

rostro estatuario y que demostraba estar bajo los efectos de una reciente impresión de haber galopado a todo tren, porque fue recorriendo apresuradamente con la mirada las cartulinas y, sentándose de pronto, vació copa tras copa medio frasco de vino.

El color volvió a reinar en la faz del forastero, que ladeándose en su sillón se acomodó placenteramente, atusándose el perfumado bigote.

Mostró en risueña mueca agradable, los blancos dientes, sonriendo con descaro a una dama que, en las figuras de la danza, le dio frente por unos instantes.

—Permitid que me presente, capitán Preziosi. Soy Leoncio de Bethencourt. Supongo que ya os habrá hablado de mí la señorita Zarzales.

El siciliano miró de arriba abajo al joven oficial.

—Mis plácemes, señor oficial, por merecer vuestra atención. Por lo que respecta a Blanca Zarzales—y señaló la tarjeta colocada a su diestra—, pronto es aún para que me haya hablado de vos.

—¿No vinisteis acompañándola?

—¿Yo? Todavía no, todavía no. Pero ansío tener pronto el deleite de ser su pareja fiel y constante.

Saludó secamente el oficial y se marchó a continuar en su búsqueda de la que inútilmente pretendió hallar entre las numerosas parejas que llenaban ya por completo la plaza, en los intervalos del baile.

Arnau Montané, de vez en cuando, comía un pastelito con fruición. Había visto pasar una vez a Basil Hoss en compañía de una hermosa dama de ojos apasionados,

Y casi con íntima satisfacción, veía a Rino Preziosi, sentado a solas en una de las mesas. Blanca Zarzales seguía sin llegar...

El siciliano no era hombre acostumbrado a sufrir desaires. No conocía a la que tenía que cortejar, pero estimaba que un hombre como él, burlador de Venecia, terror de maridos, padres y hermanos, no podía esperar bajo ningún concepto.

Decidió, convencido, hacer pagar caramente su tardanza a Blanca Zarzales. La enamoraría, para después burlarse de ella, vengando así esta ofensa a su amor propio. Estaba muy avezado a proceder así.

No quería pensar en los extraños sucesos que acababan de

desarrollarse en una casa solitaria del camino de La Lamina. La música, los perfumes, el rumor do las conversaciones, no lograban ahuyentar de su espíritu, ni aún hallándose bajo aquel toldo, en medio de la muchedumbre y con toda la luz que desparramaban los candelabros, la sensación de pánico cerval que le había producido el ver un cadáver apuñalado girar lentamente, mirándole...

Bebió dos copas más. Trataba de olvidar que al disponerse a matar a una mujer y cuando estaba pidiendo ayuda al capitán Ibarguengoitia, una mano chocó contra su nuca, derribándole sin sentido.

Había huido a todo galope. Si el capitán vasco había hallado la muerte por entremeterse en descubrir el misterio de la sala de los ataúdes, allá él.

—Te buscaba, Preziosi—sonó a sus espaldas una voz grave, con entonación poco amistosa.

—¡Vaya, vaya! Celebro que te hayas salvado, vasco.

El Pirata Negro examinó el rostro del infatuado siciliano. Conservaba aún en los ojos algunas estrías sanguinolentas de resultas del puñetazo que el propio Lezama habíale propinado.

Pero igual que para Preziosi, el Pirata Negro era el difunto capitán Ibarguengoitia, también lo excluía de toda posible participación en su agresión.

—Olvidemos la pelea—dijo magnánimamente el siciliano—. Yo saqué el estilete, porque estabas hablando mucho delante de una desconocida. Ya darás cuenta de tu indiscreción a... a “La Guancha”. Fuimos torpes, vasco. Éramos dos y no supimos silenciar para siempre a la hermosa de los ojos verdes y el rubio cabello.

—No hablará ya. Bastó un puñal en el costado.

—¡Magnífico! ¡Portentoso! —exclamó el siciliano, equivocándose sobre el sentido de la afirmación del Pirata Negro—. Cumpliste con tu obligación.

El Pirata Negro deseaba saber cuál de los tres negreros era el responsable de las muertes de Imeldo Tejona y el muchacho-guía, y de la atroz herida de la desconocida de los ojos verdes.

Pero la complicadísima maraña en que se hallaba envuelto, desde que tras vencer al capitán Ibarguengoitia, hundiendo su barco, suplantó su personalidad para asegurar el tiempo preciso y suficiente para que se llevara a cabo la reparación de las averías del

“Aquilón”, complicábase aun más.

Experto conocedor de hombres, estaba comprobando que el siciliano era sincero al expresarle su satisfacción creyéndole autor de la agresión contra la desconocida.

Iba a sentarse junto a Preziosi para seguir en su velado interrogatorio, ciando sintióse tocado en el antebrazo.

—¿Sois vos el capitán Ibarguengoitia?

—¡Sí, él es!—rió a carcajadas Preziosi, mirando a la obesa cincuentona con trazas de dueña acompañante que era la que acababa de preguntar al Pirata Negro su aparente identidad— Estás de suerte, vasco. ¿No sois carnívoros y os gustan mucho las chuletas en vuestro terruño?

La dueña fingió no haber oído el irrespetuoso comentario.

—Hacedme la merced de seguidme, capitán. Mi señora doña Prudencia Maga os espera.

Riño Preziosi sintió curiosidad por conocer el aspecto de la que, según las misteriosas instrucciones de “La Guancha”, debía ser cortejada por el presunto capitán Ibarguengoitia.

Levantóse y siguió por entre las numerosas parejas bailarinas a la obesa dama de compañía y al Pirata Negro.

—¡“Mascalzone”!—musitó, admirado—. ¡Podían haberme dado a mí este “Boccato di cardinale”!

Y, descaradamente, acercóse para contemplar más de cerca a la que respondía al nombre de Prudencia Maga... y que muy bien podía ser la misteriosa organizadora de la asociación de cuatro negreros, destinados al ambicioso proyecto de enrolar mercenarios para atacar la isla y restaurar el dominio de los guanches en la Isla del Fuego.

Capítulo II

Arnau Montané se instruye

Después de bostezar varias veces, Arnau Montané sacó de sus amplias faltriqueras un manuscrito. La máxima del catalán, era que, conociendo la historia de Un pueblo, se estaba mucho más capacitado para lograr un buen éxito en sus tratos con sus habitantes.

Releyó a la luz de los candelabros la historia del pueblo guanche, recopilada por un paciente abate cisterciense.

"USOS Y COSTUMBRES DEL PUEBLOS GUANCHE Y SU CONQUISTA POR LOS ESPAÑOLES"

"Las islas Canarias son conocidas desde hace numerosos siglos. Los autores romanos y griegos las citan en sus obras con diferentes nombres: Campos Elíseos, Islas Afortunadas, Jardines de las Hespérides, aunque el conocimiento de estas islas fue más imaginativo que real, ya que no dejaron ninguna huella positiva de las relaciones que hubiesen podido existir entre esos pueblos y los habitantes de las islas.

"Como el pueblo guanche no escribía, no ha sido posible encontrar pruebas de precisión sobre su origen, tanto más cuanto que las raras inscripciones que se han encontrado en las islas y que parecen ser debidas a pobladores anteriores a los guanches, nunca han podido ser descifradas pese a todos los esfuerzos de los sabios nacionales y extranjeros que pretendieron traducirlas.

"Los diversos autores, que con mayor o menor habilidad, se han interesado en este enigma, han emitido distintas opiniones: unos les atribuyen un origen egipcio, basándose en la similitud de procedimientos para la conservación de los cadáveres (momificación); otros, les suponen un origen africano a causa de su promiscuidad; otros, en fin, los consideran de origen cartaginés, a causa de los frecuentes viajes de los cartagineses y últimamente, los tradicionalistas conceden a los

guanches un origen autóctono como supervivientes de la población que habitó la Atlántida. Esta última teoría cuenta hoy con numerosos partidarios que consideran demostrada la existencia tan discutida de la Atlántida.

"La tradición de los guanches asegura que los primeros habitantes de la isla llegaron a Tinerfe por Icod, 1500 años antes de la conquista, razón por la cual este lugar fue bautizado con el nombre que parece haber querido designar el lugar de permanencia de los primeros habitantes; Pero no se ha hallado ningún documento confirmando la tradición y aun esta misma no permite conocer el origen de los primeros habitantes.

"Cuando tuvo lugar la llegada de los, españoles, en el siglo XV, para realizar la conquista de la isla para sacarla de la Edad de Piedra e incorporarla a la civilización europea al precio de su libertad, de la cual se mostraron heroicamente decididos a no perderla, Tinerfe estaba poblada por una raza sin semejanza con ninguna otra existente.

"Los guanches eran de raza blanca. Los que habitaban la parte sur de la isla eran bronceados, de tez morena obscura, mientras que los habitantes de la parte norte eran rubios y de tez blanca. De rasgos faciales regulares, de talla elevada y bien proporcionados, eran lentos en el andar y parsimoniosos en el habla.

"Eran fuertes y ágiles, habituándose desde niños a practicar luchas y carreras. Vivían al aire libre constantemente, por la dulzura del clima, y sus moradas eran generalmente unas grutas abiertas en las rocas.

"Vestían con pieles de camello, pues no conocieron ni el lino ni el algodón y. no sabían tejer la lana de las ovejas. Este atuendo, llamado "tamarco", era el mismo para los hombres que para las mujeres, con la sola diferencia que estas últimas llevaban bajo el "tamarco", una especie de vestido que les cubría hasta los mismos pies, que tenían gran esmero en no enseñar, pues era considerado deshonesto.

"Para unir las pieles después de haberlas cortado, empleaban una correa muy delgada o tripas de cabra, con las cuales hacían hábiles costuras, sobre todo teniendo en cuenta que no poseían agujas y que debían servirse de punzones hechos de espinas de pescado o de pinchos de palmera.

"Tenían por calzado unas sandalias de cuero fijadas en las piernas por delgadas correas.

"Los adornos eran tan pobres como los vestidos. Consistían en

collares de barro cocido y algunas conchas marinas o huesos grabados.

"Debido a la falta de necesidades, rara era la industria en este pueblo de pastores. La ignorancia absoluta de los metales les hacía ser industrialmente tan rudimentarios como los pueblos que vivieron la Edad de Piedra miles de años antes y a cansa de su aislamiento y de las condiciones naturales de las tierras que habitaban, continuaron en este período prehistórico, hasta el siglo XV, época en que la conquista les llevó a un estado de civilización.

”Las armas de guerra, eran de madera o piedra y las arrojaban con gran destreza, ejercitándose en ello frecuentemente desde tierna edad, así como en la defensa. Empleaban piedras agudizadas, que llamaban “tabonas”, como instrumentos cortantes y los cortes que obtenían eran tan netos que las utilizaban para sangrar. Las insignias de mando eran simples bastones de madera.

”Su principal alimento eran harina de avena tostada y molida que conocían con el nombre de “gofio”. Para molerlo construían molinos de mano de una rara perfección, entre los cuales hay algunas dificilísimos de imitar, hasta tal punto, que parece imposible hayan sido hechos sin utilizar instrumentos de hierro.

”No tenían telares y sólo fabricaban, a mano, tejidos de fibras vegetales o fibras de palmera”.

—Oye, catalán, ¿es que quieres demostrar a todo el mundo qué sólo tú sabes leer y eres hombre sesudo?

Arnau Montané, interrumpido en su lectura, miró desdeñosamente a Rino Preziosi, que, mostrando todos sus dientes, sonreía risueño.

—Esto es un baile, ¿sabes? Abundan las hermosas. Soy admirado por ellas, pero aun no ha llegado la tórtola que debo arrullar. Tanto el inglés como el vasco han tenido suerte. Dos hermosas que si mucho tarda mi Blanca Zarzales, voy a contentar, porque cada vez que paso junto a ellas me suplican lánguidamente con miradas rendidas.

Cogió el siciliano un pastel, que devoró lamiéndose después delicadamente los dedos.

Arnau Montané le examinaba con crítica expresión, como el sabio que trata de adivinar a qué raza pertenece el extraño fenómeno que tiene ante los ojos.

—He pensado en ti unos instantes, Rino Preziosi. Eres un ser

instintivamente amoral. Ignoras lo que es el bien y el mal. Provocas y retas, como un niño juguetón. Asesinarás seguramente sin maldad natural. En mi tierra te encerrarían apartándote del trato social, pero no te darían muerte, porque eres irresponsable.

—En la mía te pondrían cadena y collar y al son de un pandero, bailarlas sobre tus dos zarpas posteriores. ¿Qué lees con tanto interés?

—Sigue tu camino, joven insensato. Derrocha tus caudales de fascinación. Cumple con tu deber y deja en paz a las señoras que "La Guancha" designó para ser cortejadas por los capitanes Hoss e Ibarguengoitia.

Atusándose el bigote, Rino Preziosi adoptó un aíre benévolo:

—Te percibo dispuesto a hacer las paces. ¿Llegó ya a tus oídos mi fama de invencible arma en mano? Iguala a mi renombre como irresistible.

—Eres irresistible—aceptó casi paternalmente Montané—. Lárgate y vete a jugar a otro sitio. Tu perfume me marea.

—Un oficial, al que he interrogado, me ha dicho que Prudencia Maga, la cortejada por el vasco, es la huérfana más rica de toda la isla. Quizá sería conveniente que abandonara mi cómoda soltería, vendiéndome a buen precio. ¿Tú qué opinas, sesudo varón?

Encogióse de hombros el catalán, reanudando su lectura. Leyó unos instantes por encima de su hombro Rino Preziosi, que alejóse contoneándose, y lanzando ojeadas lánguidas a diestro y siniestro.

Algunos oficiales empezaban a sentirse irritados. Rino Preziosi les miraba con desdén y volvió a aproximarse al lugar donde sentada Prudencia Maga, manifestaba cierto nerviosismo, escuchando y con rostro sorprendido las palabras que el Pirata Negro iba diciéndole.

Rino Preziosi empezaba a aburrirse y estaba deseoso de llamar la atención sobre él, provocando a alguien...

Arnau Montané, siguió leyendo, comiendo de vez en cuando:

"Sus alimentos consistían en "gofio", carne de cabra y oveja, pescados y moluscos, condimentados rudimentariamente, leche, grasas, sebo y frutas. Hacían miel con los frutos del "Chacerquen" que cocían hasta obtener un jarabe llamado "joya". Era también empicado como medicamento.

"Sembraban en tierras repartidas anualmente por el Rey, siendo

todas las propiedades comunes. Por única propiedad individual, tenían el ganado. Labraban las tierras con arados constituidos por un bastón, a cuyo extremo ataban un cuerno de cabra. Los hombres sembraban y la faena de la cosecha era exclusiva de las mujeres.

”La cosecha era la principal fiesta del año. Se celebraba con acompañamiento de banquetes públicos, luchas y otras distracciones, suspendiéndose las hostilidades entre poblados.”

Arnau Montané repitió en alta voz la última frase, contemplando la armónica escena do confraternización entre los naturales y los conquistadores.

Quizá en la fiesta estaba la explicación del por qué reinaba aquella cordialidad. Era una suspensión temporal de la forzosa hostilidad que tenía que existir entre fuerzas peninsulares y habitantes.

Sin embargo, algo le llamaba la atención. Varias veces, en sus estancias en Cataluña, soldados de Madrid habían impuesto el orden en revueltas suscitadas por catalanes: y el ambiente nunca tenía la sincera confraternización que ahí se respiraba.

Empezó a meditar si una invasión de la isla contaría con el apoyo de los isleños. Palideció intensamente, dejando el libro sobre la mesa y llevando con rapidez la diestra al cinto, bajo la casaca...

—No sois catalán si persistís en la idea de imponer por la fuerza un dominio que no ha sido pedido.

Miró a su alrededor. Sólo vio parejas, oficiales, damas y caballeros desconocidos. Sin embargo, la voz que la había hablado como surgiendo de detrás de su sillón, era la voz de Ramón Doltra, su segundo, “el romántico”, al cual había hecho encadenar a bordo por rebelde, al oponerse a ser negrero y secundar el vasto propósito de “La Guancha”.

Puerilmente, miró tras su sillón. Había un perrito durmiendo confiadamente empleando sus patas delanteras como almohada.

Alzó los hombros Montané, molesto consigo mismo. ¿Su conciencia de mercader ávido de ganancias no podía resistir aquella voz? La voz que se le había antojado la de Ramón Doltra y que tan clara había sonado a sus oídos. Pensó que se iba haciendo viejo y pusilánime.

Y decidido a no dejarse impresionar por alucinaciones, se enfrascó rabiosamente en la lectura de su manuscrito. Las

enseñanzas que de ahí sacaría serían más provechosas que perder el tiempo divagando:

“La principal ocupación de los indígenas de Tinerfe era el pastoreo, en la que sobresalían, tanto para la reproducción como para la conservación. Esta profesión de pastores en un país tan abrupto como aquel en que habitaban, contribuía enormemente a desarrollar su salud y su fuerza, y a darles gran agilidad.

”Sus moradas eran grutas naturales que horadaban en las rocas, cuando no bastaban las que antiguamente el mar había socavado en el litoral. No construyeron nunca ciudades ni siquiera aldeas, pues vivían trashumantes, en invierno sobre el litoral, yendo en verano a las montañas. En este año do 1698, en que escribo este libro, doy vista aun a grutas que albergaron reyes, siendo la más curiosa de ellas, esta de la población de Guimar, conocida por el nombre de “Gruta de los Cañizos”. Tiene nichos y banquetas tallados en la misma roca.

'”Algunas he visitado que estaban destinadas a contener sepulcros y se escogían en parajes difícilmente accesibles. Las dificultades halladas para entrar en ellas, no permite adivinar de qué procedimientos se valían para transportar las momias.

”No se conocen más momias que las de Egipto, Perú y Tinerfe, lo que hace suponer que el origen de esos tres pueblos es idéntico.

”E1 procedimiento empleado por los guanches para la momificación, era el siguiente: introducían un bálsamo en la boca, bálsamo preparado con piedra pómez, grasas animales, corteza de pino, sangre de lagarto y otras substancias desconocidas.

"*Embadurnaban el cuerpo con este mismo bálsamo, dejándolo secar al sol y repitiendo' la operación cada veinticuatro horas, durante quince días. La momia era inmediatamente...”*

Parece que les pesan mucho las palabras al hablar—dijo Rino Preziosi, sentándose junto al catalán—. Las arrastran... Ellas están muy pintadas. Desconfío. Luego, en sus casas, ni quitarse los perifollos y quedar en chancletas, deben de estar desconocidas. Fía en mi experiencia, catalán. No te cases nunca con mujer muy pintada y peripuesta. Elígela de las que por afeite usen agua y jabón... Por eso me gusta la Maga. Pero por dos veces que he intentado acercarme, e1 vasco me ha mirado de forma tal, que yo, galantemente, por evitar un escándalo ante una bella, he preferido retirarme. Pero me rendirá cuentas ese vasco. Tengo yo un estilete y

una espada que nunca conocieron el ser envainados sin sangre de mis enemigos vencidos. Hace el número dos de mis próximas víctimas.

La petulancia del siciliano, producía en Montané una mezcla de enojo y diversión.

—¿Cuál es la primera?



—No me bato yo con viejos chochos.

—Antes eras tú, pero no me bato yo con viejos que están chochos. ¿Qué otra cosa es un hombre que habiendo a la vista tanta beldad, se dedica a leer? Si al menos fueran memorias galantes. Me aburró, catalán. No ha llegado aún Blanca Zarzales. Un oficial que se presentó como Leoncio de Bethencourt, anda ansioso rondando la entrada. Estará, seguramente, enamorado de ella. Será mi tercera víctima.

—No has dicho aún quién es la primera.

—El inglés. Fíjate bien en mí, catalán. ¿Tengo acaso tanta cara de necio, para que nos esté tratando como a títeres? Sé algo, algo que cuando lo revele, te va a sorprender. Pasé por detrás de Basil Hoss, para ver más de cerca a la Ágata Le Couen, que es linda como un sol mañanero y oí algo que me pasmó. Hay cerebros complicados, catalán. Créeme. Muy complicados. Una cosa es matar

marides, raptar esquivas doncellas y sangrar a quien se oponga. Eso es normal. Pero... ¡burlarse de Rino Preziosi! ¡No, no ha nacido el hombre que tal se proponga! Llegado el momento, hablaré y habrá un inglés menos en la tierra. Cuando el baile termine, convoca a reunión a los otros capitanes, donde quieras. Confío en ti, catalán. Convoca y verás cómo queda aclarado todo este misterio. No digo más. Hay allí una rolliza morena que no me quita el ojo de encima. Voy a deslizarle alguna terneza al oído...

Arnau Montané buscó con la mirada a Basil Hoss. Tardó en encontrarlo. Sentado junto a una dama, tenía todo el aspecto de un severo y honesto marino.

A lo lejos, una cumbre enrojecida atravesaba la negrura de la noche con el resplandor del fuego. De vez en cuando, el rumor ronco del volcán ponía estremecimientos en el suelo.

El delicado arpegio de los violines vertía notas sensibleras. No supo por qué en su mente se plasmó la escena de irnos tripulantes bailando desenfrenadamente sobre la cubierta de un barco que iba hundiéndose, próximo a estallar el polvorín...

Maquinalmente, sin terminar de leerla, dio vuelta a una página:

“Los guanches emplearon la Monarquía absoluta como gobierno, aunque algo suavizada por el Consejo de los Ancianos. La Monarquía era hereditaria pasando de hermano a hermano y después a los hijos del hermano mayor y así sucesivamente. El lugar de reunión de los Ancianos era el Tagor.

”E1 Tagor mantenía permanentemente unos servidores suntuosamente vestidos y de aire arrogante, que tenían por misión servir bebidas alcohólicas a la juventud, que bailaba al son de danzas guerreras y discordantes. Era lugar execrado por los sesudos ancianos, que proclamaban que aquellas diversiones no servían más que para degenerar la raza, aumentando la vaciedad de los juveniles cerebros, pero este cronista tiene que reconocer que, según testimonios fidedignos, muchos eran los ancianos que acudían al Tagor con fines “non sanctus”.

—¡Ya está! ¡Mía!—exclamó Rino Preziosi, dando una palmada en el hombro del catalán—. Le dije unas lindezas y se estremeció. Pero me rogó que no insistiera, porque su marido es muy celoso. Mi experiencia me confirma que en los pueblos hay tanta virtud porque tienen temor de que los demás se enteren. Dame ciudades como Venecia, como...

—Te prefería, señor Preziosi, cuando me guardabas enemistad. Tu confianzuda amistad es insoportable. ¿A mí que me va ni me viene en tus correrías en pos de faldas?

—Envidia, catalán, es envidia. Divirtámonos, ¡qué diablos!—y el siciliano sonrió malignamente—. Te juro que poco después habrá al menos una persona que se arrepentirá de haber nacido.

—Para el buen logro de nuestro propósito debemos mantener la unión de nuestra asociación. Somos cuatro capitanes y...

—¡Yo no quiero servir de títere a ningún inglés. Le mataré y después, por mi cuenta, iré a llenar mi cala de negros y negras... Pondré un criadero de negritas y mestizas allá en las Antillas... No volveré más a esa tierra. Y el barco será mío, mío por completo.

—¡Eres un inconsciente! ¿Cómo pudieron fiar en ti?

—Podían, si hubiesen jugado limpio.

—Sabes por ventura lo que es jugar limpio?

—Sí, lo sé. Escucha, catalán. Yo he matado porque me pagaron por ello, y cumplí. Nunca engañé más que a mujeres y maridos. Pero no hemos de preocuparnos por un asunto que ahora no nos interesa, pues en los tratos entre hombres hay que ser fiel a la palabra empeñada y nunca engañar a los asociados. Y desde que pusimos pie en esta isla somos títeres engañados. Sigue con tu lectura, que yo allá una rubia esbelta, que se aburre soportando la charla insulsa de un gordo vejestorio. ¡Ahí va el joven y gallardo Preziosi a remediar las cosas!

Arnau Montané contempló el contoneo con el que el siciliano, asestaba miradas inflamadas a las mujeres y ojeadas desdeñosas a los hombres. Iba conociéndolo. Podía parecer un fatuo inconsciente y afectado, pero era sanguinario e inteligente. ¿Qué habría oído decir a Basil Hoss?..

Le habían dicho que el baile no terminaría hasta la madrugada. Suspiró y después de servirse una copa de vino, siguió leyendo:

“El Rey era proclamado de la manera siguiente: Se reunían los ancianos llevando un hueso del primer Rey que se conservaba envuelto en pieles, Se proclamaba el rey haciéndole besar el hueso que él después colocaba sobre su cabeza, mientras los asistentes iban besándolo y diciendo: “Agojía vacoran Iñatzahaña Chaconamet”. Juro sobre este hueso que tú serás Rey.

”E1 rey debía elegir esposa entre las familias de la nobleza. Cuando

no le satisfacía ninguna de ellas, podía casarse con una de sus propias hermanas.

”Como signo distintivo había siempre delante del rey, un servidor llevando en alto una lanza, al cual se le llamaba Anepa. Cuando cambiaba de residencia, en cada estación climática el consejo de los ancianos le acompañaba. Cuando un súbdito encontraba al rey sobre su camino, se inclinaba respetuosamente limpiando las sandalias reales con el borde de su túnica.

”La sociedad estaba constituida por familias, de las cuales el padre era el jefe. Existía la libertad de casarse cuantas veces se quisiera. Bastaba el consentimiento de los dos interesados y del padre. Se separaban si no congeniaban, libremente. Na había más ceremonia que la aprobación paterna.

”La mujer era muy respetada, hasta el punto de que se castigaba duramente al hombre que encontrando en su camino a una mujer, no volvía la cabeza, para no ofenderla con la mirada. Y si las interpelaban sin que ellas hubiesen hablado primero, eran castigados con la pena de corte de lengua”.

Arnau Montané alzó la vista del libro para mirar a Rino Preziosi, que, unos pasos más allá, canturreaba por lo bajo, tras el sillón de una joven acompañada por severa dueña:

“Eres tierno capullo
y un día rosa serás,
escucha mi arrullo que
mucho aprenderás...
Tu vida amanece...”

Interrumpióse el siciliano en su canturreo, porque un oficial acababa de inclinarse ante la joven, la cual, con mirada colérica dirigida al galanteador, se apoyó en el brazo del oficial, alejándose.

Arnau Montané fingió abstraerse en le lectura. Rino Preziosi fue a sentarse a su lado, sirviéndose una copa de vino.

—¡Otra! Me ha citado para mañana al atardecer en su reja. ¿No la viste? Estaba casi delante de ti.

—Te oí cantar. ¿Cómo es posible que vertiendo cancioncillas tan estúpidas te hagan caso ellas?

—Las mosquitas con miel se cazan y en los librotes no hallarás la ciencia del amor.

—Bien vi que no te hacía ni caso. Aceptó la invitación del

oficial.

—Porque se lo toleré. Le di permiso—dijo el siciliano, con acento de entera convicción—. Divirtámonos, catalán, que cuando amanezca, la sangre correrá.

—Ten la lengua hasta entonces. Compórtate como un hombre de mundo y no asomes demasiado la oreja de conquistador chabacano...

—¿Chabacano? Rendí duquesas y hubo dogaresa que lágrimas derramó al pie de mi balcón, para ablandar mi indiferencia. Escucha, catalán, parezco necio, ¿no? Ya me verás al amanecer cuando el baile termine. Puedes imaginarte que soy un engreído que presume de conquistas. Quizá no consiga a todas las que pretendo, porque tengo la sensatez de no insistir. Sobran mujeres y por cada "no" obtengo tres "síes". Pero lo que nunca nadie ha puesto en duda es que cuando un hombre pretende dárselas de listo conmigo, corre la sangre. Y puesto a matar, no conozco barreras. Sigue leyendo, catalán, y que la música continúe... Se aproxima la hora de la verdad. ¿Vinimos, acaso, a Tinerfe a charlar vaciedades y oír musiquillas?

—Cierto que no. Tanto como tú, anhelo que ese baile termine. Tampoco yo soy títere de nadie. Ladro menos que tú, pero llegada la hora de morder, hinco el diente, ¿sabes?

—Es curioso—y el siciliano rió—. Somos cuatro negreros y me da el palpito que al amanecer, de nosotros cuatro sólo quedará uno. Hasta pronto. Voy a tratar de enterarme del aspecto que tiene Blanca Zarzales. No quiero que cuando llegue, se me anticipe el oficialillo. Recuerda, capitán Montané... Yo, Rino Preziosi, el invencible, te juro que al amanecer correrá la sangre.

Arnau Montané volvió a suspirar. Anhelaba ya que llegara el amanecer...

"Los guanches ignoraban la navegación, hasta tal punto, que aunque los habitantes de todas las islas tuvieran el mismo origen, experimentaron muchas dificultades para entenderse, cuando se les puso en contacto entre ellos. Se desconocían debido al aislamiento de cada isla.

"La isla de Tinerfe fue gobernada, durante bastante tiempo, por un solo rey. El último fue Tinerfe el Grande. A su muerte, el reino se dividió en varios estados, al frente de cada cual se erigió un hijo de Tinerfe el

Grande, con el grado de Mencey, y desde entonces los jefes de cada estado llamábanse Mencey.

"Eran todos independientes, guerreando entre sí, pero el Mencey del poblado de Taoro, Quehebi Bencomo Ynobahe, que era Mencey del territorio más poblado y fértil, y, por consiguiente, poseía el número más elevado de guerreros, se eligió jefe de todos los Mencey.

"Algún tiempo antes de la conquista de la isla, el 12 de julio de 1464, Diego de Herrera desembarcó en las playas de la isla. Conociendo la potencia de 1os naturales y no poseyendo bastantes guerreros para intentar la conquista, prefirió alcanzar su meta por medios pacíficos. Laboriosamente consiguió con los nuevos soberanos de la isla un tratado de amistad y comercio, en presencia del licenciado Femando de Párraga, asistido por el jurisconsulto, Eugenio Hurtado.

"Los Menceyes le autorizaron para construir una torre con jardines en las playas de Añaga, para guarecer sus gentes y las mercancías. Se estipulaba en el tratado de paz, que si los naturales de la isla causaban perjuicios a los españoles, los culpables serían entregados para ser juzgados y castigados, y a la recíproca.

"Algunos españoles robaron ganado a los guanches y éstos se quejaron a Diego de Herrera, quien, de conformidad con lo pactado, entregó los culpables. El Mencey de Añaga, generosamente, se contentó con amonestarlos y los devolvió a los suyos.

"Pocos días después, los guanches, a su vez, cometieron el mismo delito, y fueron entregados a Herrera, quien los hizo estrangular, colgándolos después de las vigas de su torre.

"Los guanches, indignados por la bárbara injusticia de los civilizados, atacaron el castillo, mataron a algunos españoles y los supervivientes debieron embarcarse rápidamente. El castillo fue incendiado. Así terminó dos años después del tratado de paz, el primer ensayo de conquista de la isla por los españoles.

"Otro intento fue el realizado por Francisco de Maldonado, gobernador de Gran Canaria, que en, compañía de Pedro Fernández, señor de Lanzarote, emprendió el viaje a Tinerfe, desembarcando en las playas de Añaga.

"La expedición fue atacada, apenas desembarcó, por las fuerzas del Mencey de Añaga, Beneharo. Los españoles tuvieron que retirarse, abandonando muchos cadáveres.

"Numerosos golpes de mano fueron intentados después, pero siempre

los castellanos eran vencidos, aunque los enanches sufrieran grandes bajas a causa de la superioridad en armas de sus invasores...".

Meditó Montané, en la enseñanza. Un desembarco en la isla, si no contaba con el apoyo de los naturales, era punto menos que imposible. ¿Deseaban realmente los naturales sacudirse el yugo español? ¿Dónde estaba la hostilidad en aquella masa espectadora que cambiaba chanzas con los oficiales? Atribuyó sus recelos a la influencia sensiblera del sonido de los instrumentos de cuerda.

"Don Alonso Fernández de Luga que había sido uno de los capitanes de la conquista de la Gran Canaria, fue nombrado castellano de la torre de Agaete, como recompensa a su bravura o inteligencia. Intentó varios ataques a Tinerfe, para adquirir conocimiento de la isla y sus habitantes.

"Luego volvió a la Corte de España, con objeto de someter a la firma de los reyes; una capitulación que consolidare la conquista de Tinerfe y La Palma, únicas islas que no se habían sometido a España y que los soberanos habían comprado a Diego de Herrera al mismo tiempo que la Gran Canaria.

"Alonso Fernández de Lugo fue nombrado gobernador de la Conquista, Adelantado Mayor de Canarias y Capitán General de Tinerfe y La Palma, así como de la costa de África cercana a las islas. Le fueron concedidas amplias facultades para el reparto de aguas y tierras, bajo la condición de que todos los gastos ocasionados por la conquista serían soportados por él y sus asociados...".

—Dejad el libro, capitán Montané —susurró Riño Preziosi, dejándose caer a su lado en el sillón y bebiendo tres copas seguidas, pálido el rostro Chasqueó la lengua: —"Porca complicazione"! ¡"Peccato que me dispiace tutto..."!

—Te he aguantado ya demasiado, capitán Preziosi, ¿Qué sucede ahora? ¿Una bella que te abofeteó...?

—¡Blanca Zarzales ha sido apuñalada! ¡Y era... era una de las nuestras! ¿Comprendes?

—Te confieso que nunca he sido tardo en comprender, pero lo que es ahora, desde que empezó este maldito asunto, no entiendo nada de nada. ¿No habrás bebido en exceso?

—Estoy sobrio. Antes de venir al baile, yo y el capitán vasco, entramos en la casa de "La Guancha". No frunzáis la nariz. Yo quería saber qué misterio había en los ataúdes... El caso es que

surgió una mujer de ojos verdes y rubios cabellos, vestida de tina forma original. ¡Era ella, era Blanca Zarzales! Yo no quise matarla... pero recibí un golpe en la nuca. Una mano... Cuando desperté, viéndome a solas con los ataúdes, me fui... al galope, Después... el capitán vasco me dijo que había apuñalado a la mujer, para evitar indiscreciones. Y según acabo de enterarme, era ella... Era Blanca Zarzales. Un oficial me la ha descrito. Y también que su caballo es de la yeguada militar. La única mujer con un caballo así...

—No te acalores. Al amanecer, todo se aclarará... porque ¡voto a cien mil pares de calzones! que ahora yo soy el primer interesado. Me rendirá cuentas el capitán Ibarguengoitia, y vos también, por haber infringido la consigna de discreción que estipulamos. ¿Por qué cien mil varas de lana, fuisteis ambos a la casa sin ser llamados?

—Cuidado, catalán. Que al amanecer, también, yo puedo pedirte cuentas—y el siciliano volvió a ser provocativo, recuperado el dominio.

—Nadie puede pedirme cuentas, porque yo hasta ahora he cumplido estrictamente lo pactado. Me erijo en juez porque, por lo visto, de nosotros cuatro yo soy el único que no ha jugado sucio. Mira, Preziosi, se acabó la charla, ¿sabes? De hombre a hombre te digo que no me importunes más. Al amanecer, como se ha pactado, nos reuniremos los cuatro, en sitio apartado, y cuando las lenguas no logren convencer, espaldas y pistolas hablarán. ¿Estamos, perdonavidas?

—Hablas mi estilo, catalán. Quizá tú y yo seremos los únicos que en vida quedemos, si tu conciencia está tranquila como la mía.

—Mira, muchacho, no hables de lo que ignoras, ni cites aquello de lo cual careces, ¿sabes? No te culpo, no. Naciste sin conciencia.

—Y tú hiciste un pacto de eterna paz con ella, ¿no?

—A instantes, sí. Vete. Al amanecer lucirá un nuevo sol.

—Voy a buscarle querella al vasco. Ya que me mató a mi Blanca desconocida, yo le arrebataré a la hermosa de tez de naturales colores. Sin puñal. Con el dardo de mis ojos...

Hacía apenas un minuto que se había ido el siciliano, cuando Arnau Montané, que, después de algunas reflexiones, se disponía a leer de nuevo, dejó reposadamente el libro sobre la mesa.

Pero sus labios estaban pálidos de cólera, y sus barbas

estremecíanse a efectos de una contenida sorpresa.

Junto a él acababa de sentarse un hombre que, disimuladamente, bajo la mesa apoyaba contra su estómago el cañón de una pistola.

—No alborotéis, señor Montané. Ya no sois mi capitán y os mataré sin remordimientos si no me dejáis hablar. Quiero instruiros sobre algo que ignoráis.

—Instrúyeme, Ramón — murmuró roncamente el catalán mirando a su lugarteniente—. Primero, ¿no te dejé encadenado, por rebeldía, a mi bordo?

—Sí. Y ordenasteis que me amordazaran. Vino uno a cumplir la orden. Le mordí en la muñeca... Tuvo que desencadenarme, porque sabía que si no lo hacía le cortaría yo las venas, arrancándole a bocados la carne si fuese preciso.

—¿No le quedaba otro brazo libre?

—Sí. Y me pegó. Pero tengo la cabeza dura.

—Es verdad—admitió Montané mirando el rostro magullado recientemente del que hasta antes de anclar en Tinerfe había sido un disciplinado y respetuoso lugarteniente.

—Me desencadené y salté la borda. He entrado aquí porque el oficial de la entrada admitió mi juramento de que yo era vuestro segundo.

—¿Fuiste tú el que, ha poco, soltaste una frase de las tuyas escondiéndote?

—Sí. Estaba indagando algo. He conseguido ya lo que me proponía. Poned las manos encima de la mesa, señor Montané.

—Quita tú la pistola de mi barriga. Tienes mi palabra de catalán que te doy media hora de libertad. Después, donde te halle, te cazaré como a una alimaña. Habla, instrúyeme.

—Isleños y peninsulares viven en plena concordia. Quizá si los isleños pueden, hacen lo posible por echar zancadilla comercial a un peninsular...

—Eso es, competencia. Sigue.

—No odian al conquistador, porque éste imita a los antiguos guanches que acogieron generosamente a los primeros españoles, y ha enraizado, enviando a la isla caballeros con sus familias. Reina la fraternidad y juntos lucharon contra el inglés almirante Gennyns cuando éste pretendió invadir la isla. ¿Comprendéis dónde voy a

parar? Un intento de invasión, por más bien planeado que esté, fracasará. Y vos seréis ahorcado como traidor a las Españas, porque esta isla es un trozo más de España. Y ahora haced de mí lo que queráis…

Truncóse la voz del segundo, y su rostro irregular adquirió patetismo suplicante:

—Hasta hoy no fuisteis malvado, capitán Montané. Os cegó el deseo de muchas ganancias y os enrolasteis como negrero. Dejadlo. No estáis obligado a cumplir, ya que vos mismo me dijisteis que lo de negrero fue un ardid para encubrir la verdadera finalidad, que era regresar con…

—Calla, Ramón… Hay quien puede oírte. Al amanecer, tengo que sostener una entrevista con los otros tres capitanes. Todo quedará en claro, que yo no quiero ser títere de nadie.

—¡Bien dicho!…—aprobó calurosamente Ramón Doltra.

—¡Ni tuyo tampoco! Mira, Ramón: si estuviera en tu lugar, volvería a bordo y me haría encadenar de nuevo. Pensaré que no has venido aquí ni has cometido la rebeldía do apoyar una pistola contra el sagrado cuerpo de tu capitán. Lo olvidaré… porque me temo que tienes razón.

Ramón Doltra sonrió y bestialmente se arañó la frente, donde aun subsistían las huellas de recientes golpes. Con los dedos tintos en sangre trazó cuatro rayas encima del mantel, ante Arnau Montané.

—La buena sangre nunca se desmiente, capitán Montané. Yo sabía… sabía que no podíais rebajaros a ser negrero ni traidor… ¡porque sois de mi tierra!

Inclinó la cabeza y besó la diestra velluda de Montané.

—Ahora… os vuelvo a tener cariño, capitán Montané. La señora Montserrat será siempre feliz, porque vos volveréis a Barcelona sin mancha y pudiendo mirar de frente nuestra bandera…

—Menos romanticismos, Ramón. Mira, cuando mi mujer nos vea, ¿sabes?, le diré que ya no eres mi segundo… No, Ramón. Tú te casarás con mi hija y serás cajero. Tienes demasiados romanticismos y terminarías en la miseria. Vete.

Levantóse Ramón Doltra, cuyo rostro ensangrentado tenía expresión patibularia.

—Dadme una orden, capitán Montané. Yo aguardaré fuera;

dejadme rutar con vos cuando, al amanecer, os entrevistéis con los otros tres que os querían hacer traidor.

—Me basto solo, Ramón. Bueno, mira, quédate por los alrededores sin que te vea yo… ni los otros tres. Vete.

Y Arnau Montané, exhalando un suspiro, reanudó su lectura. Juzgaba que se estaba instruyendo mucho…

Capítulo III

Los actores de la farsa

La dueña que había ido a avisar al Pirata Negro de que su señora, Prudencia Maga, aguardaba al supuesto capitán Ibarguengoitia, se apartó discretamente cuando Carlos Lezama se inclinó ceremoniosamente ante la isleña.

Prudencia Maga tenía la apariencia engañadora de muchas de sus compatriotas. Sus ojos eran apasionados y sentimentales, y la dulzura de su rostro creaba la ilusión de un temperamento sensible y tierno.

En realidad, era fría de corazón, sensual sin ternura, y ocultaba su natural inteligencia con aspavientos pueriles de inocente candor.

Su rostro era bello sin que tuviera que recurrir al uso de coloretes ni pinturas. Tenía también un especial prurito en diferenciarse de la generalidad de las isleñas, vistiendo sobriamente.

—Bienvenido, capitán Ibarguengoitia— saludó ceceante, aumentando levemente el cantino deje de su acento, porque sabía que era muy del agrado de los castellanos peninsulares aquella parla que les encantaba por diferenciarse de la llana entonación castellana—. Os supongo lo bastante habituado a ser chevalier servant, para que no os extrañe la libertad que me lie tomado haciéndoos llamar.

—Es libertad que no me concedió nunca privilegios especiales, a no ser el de procurar dar razón a las palabras "caballero" y "servidor".

—Sentaos, capitán Ibarguenguoitia.

—Es un apellido que mortifica vuestro paladar, señora. No os martiricéis empleándolo. Si por mandar en barco me concedéis la merced de ser capitán, otorgadme el título a secas.

—Tengo entendido, capitán, que los vascos suelen ser secos.

—De todo hay en las viñas del Señor. Si peco de cierta sequedad, perdonádmela, señora, y no acuséis injustamente a los vascos. Lamento que no os eligieran mejor acompañante, pero el caso es que, si de costumbre mi carácter es muy propicio a galanterías y cortesías, actualmente estoy bajó una penosa impresión, que la corrección que poseo me veda revelar.

Prudencia Maga puso en juego su mejor arma: la candorosa expresión de sus ojos, fijándolos en Carlos Lezama con maliciosa mojigatería.

—No me juzguéis mal, capitán, pero soy terriblemente curiosa. Mi amiga Blanca me advirtió que iba a conocer un lobo de mar esta noche. La novedad me atrajo. Vine dispuesta a no asombrarme de nada. Hablad, pues, con entera libertad.

—¿Sí? Mil gracias, señora. Empecemos, pues. ¿Qué lugar ocupáis vos en esa farsa sangrienta?

Prudencia Maga palideció, parpadeando y dándose repetidamente aire con el lujoso abanico, pese a que la noche era fresca.

—¡Jesús!—musitó con encantadora gazmoñería—, ¿Qué palabras son esas, capitán?

—Me disteis entera libertad para no reparar en el calibre de las andanadas verbales que vine dispuesto a soltar desde que pisé esta plaza. Bailan minué tras minué, señora. Música muy de mi agrado en circunstancias normales. No lo bailo, porque carezco de gracia suficiente. También, de costumbre, esta musiquilla dulzona ejerce sobre mí una influencia pacificadora, y las parlas acariciantes que, como la vuestra, oí en tierras antillanas, inclinan mi ánimo a tiernas réplicas almibaradas. Pero esta noche' hay un nudo gordiano...

—¿Qué es eso, capitán? Hay incoherencia en vuestras frases.

—Me excuso porque tropieza con una dificultad. Quiero hablar claro y voy a tientas. Cité el nudo gordiano, porque conoceréis la histórica anécdota. Alejandro Magno vióse ante la necesidad de deshacer un nudo complicadísimo. Por más habilidad que demostró, no pudo lograrlo. El nudo cada vez se hacía más intrincado, cuantos mayores eran sus intentos de deshacerlo.

—Interesante... ¿Y cómo lo deshizo?..

—Cortándolo con la espada.

—¡Jesús, qué miedo!— burlóse ella, sin disimulo—. Sois

verdaderamente tal como me dijo mi amiga Blanca. Un lobo de mar terrible…

—No tengo el honor de conocer a vuestra amiga Blanca. Primer misterio. ¿Por qué he merecido el honor de haceros compañía? Segundo misterio. ¿Cuándo terminará esta farsa? Incidentalmente he sido actor. Yos también sois actriz.

—No comprendo nada de nada, capitán. Os lo digo con franqueza.

—Con la misma os respondo que estamos iguales. Pero hay farsa, y, desgraciadamente, nada tiene de graciosa. No es el retablo de Maese Pedro, que "lo quito y lo pongo" y los descalabrados muñecos vuelven a tener vida a la siguiente función. En esta farsa actual hay ataúdes, momias, cadáveres, sangre, puñales, incendio… Os concedo el derecho de repetir: "¡Jesús, qué miedo!". Me encanta oírlo. Es como un trino de ruiseñor… Pero hay ruiseñores con veneno en las garras…

—Lleváis mal el timón, capitán—y la voz de ella fue acerada—. Acabáis de decir una grosería…

—Sólo un ruiseñor que tuviera veneno en las garras podría reprochármelo. Vuestras manos son blancas e inspiran deseos de desgranar en ellas un rosario de besos. Encantador ese minué, ¿no es verdad? ¿Os traigo un refresco? La llovizna ha aligerado la brisa nocturna. Estaba bochornosa por el camino…

—No habléis como un… petimetre. Antes acusabais a alguien. No os arrepintáis. Seguid valientemente. Estáis ante una mujer.

—Sois deliciosa—replicó el Pirata Negro, arqueando las cejas con amable sonrisa, aunque íntimamente; se maldecía—. Acabáis de tildarme de charlatán que da rienda suelta, a su lengua con pavorosas palabras, tranquilizado porque se halla ante una débil feminidad. Pero ante la imagen de espiritual hermosura que personificáis, no quiero insistir hablando de cosas que seguramente, muy seguramente ignoráis. He cometido la falta imperdonable de citar boberías tan inadecuadas como lo son los ataúdes, los cadáveres y demás zarandajas en fiesta como ésta.

—No seáis reticente—y ella volvió a emplear su tono dulce—. Hablad sin ambages. De la península vienen siempre novedades.

—Siempre me agradó conversar con quien domina la suave…, ¿cómo diría yo?..

—Decid. Sois invitado.

—Gracias. ¿Conocéis un madrileñismo que califica de “guasa” la actitud con que me escucháis y vuestra esgrima verbal?

—Sé muy bien lo que es “guasearse”. Nos lo enseñaron, y fuimos discípulos aventajados.

—Ganáis al mejor de los maestros. Hay en vos la agridulce caricia del bofetón dado con guante de seda en roce tenue. Y perdonadme.., ¡pero ansío tanto que cese este baile! He preferido el bofetón recio y claro.

—No llevo guantes de seda. Conservad las esperanzas.

—Me abruma vuestra amabilidad. Puesto así, casi anhelo sentir contra mi áspera tez el contacto de vuestra mano. ¿Me permitís otra cita histórica?

—Si tan culto sois, concededme migajas. Soy una pobre ignorante.

—¡Tate!... Dejadme contar hasta diez, señora.

Ella le miró en silencio, sonriente.

Al cabo de unos instantes, el Pirata Negro consiguió devolverle la sonrisa.

—Pasó la nube, señora.

—¿Cuál? Hay un toldo que nos guarece de nubes y llovizna.

—Contar hasta diez es mi toldo contra la exasperación. ¡Oh, no, no es contra Vos en particular, señora! Es que pienso en un chiquillo pleno de vida hace apenas unas horas, y en una dama que... En fin, estoy como el asno de Buridán. Estaba sediento, y le colocaron delante una tinaja con vino envenenado y una jarra con agua fresca. Tardó en decidirse, no sabiendo cuál elegir. Murió ¡de sed.

—¿Qué parecido halláis entre el asno y vos?

—En que no sé dónde está el veneno y dónde el agua fresca y pura. Vos, de una forma u otra, estáis complicada en el nudo gordiano que me atosiga. ¿Sois veneno o linfa clara y cristalina?

—Tratad de ser más claro.

—¿Quién es “La Guancha”?



—*Me encanta vuestra compañía.*

—Una cita importuna, caballero— dijo ella nerviosamente, y su abanico movióse con celeridad—. Pertenece al pasado. Su momia está reposando en una casa que habréis seguramente visto al venir hacia acá. Todos los isleños se persignan al pasar ante ella.

—Dejarán de hacerlo. Hace poco, estaba ardiendo. Han pasado unas dos horas. Ahora debe ser un montón de pavesas.

Prudencia Maga entornó los párpados, y fue visible la contracción de su garganta.

—Lo siento por Blanca—dijo, después de una pausa en que el Pirata Negro guardó silencio—. Ella era la dueña. Comprendo ahora su retraso.

—¿Queréis describirme a Blanca?

—Unos ojos verdes muy poco corrientes. Cabellos rubios y tez muy blanca. Es amazona intrépida y no quiere entorpecerse con

dama de compañía.

—Ahora sé quién es Blanca Zarzales—dijo el Pirata Negro, pensando en la mujer apuñalada que estaba en el camarote del "Aquilón"—. Perdonad un instante...

Levantóse el Pirata Negro para aproximarse a Rino Preziosi, que desde hacía unos momentos rondaba el apartado lugar donde sentábase Prudencia Maga.

—Tienes suerte, vasco. Te tocó hembra de ensueño, Haz mi presentación.

—Atengámonos a lo estipulado. Tú esperas a Blanca Zarzales, ¿no?

—Tienes miedo de que te la arrebate. ¿Me presentas?

—Más tarde. Es más; le propondré algo que no dudo te ha de gustar. Ya te llamaré llegado el momento oportuno.

—Bueno. No tardes. Me aburro. Todas tienen compañía y voy danzando de sitio en sitio sin que...

Pero ya el Pirata Negro estaba de nuevo sentado al lado de Prudencia Maga, a la que miró insistentemente el siciliano, alejándose después de dedicarle una ojeada ardiente, complementada con un atusamiento de bigote.

—¿Es el capitán Preziosi?

—En efecto. Está ansioso por ser presentado, pero os confesaré que mezquinamente no le he complacido. Me encanta vuestra compañía, y, a no ser por la fuerza, no quiero compartirla con nadie.

—¿Mi dueña no es nadie?

—Supongo que la tendréis de las mejores de la isla. Parecida al mono de las Indias, que so cubre los ojos, los oídos y la boca.

—Hace tiempo que no lie abofeteado a nadie, capitán. Tendré, pues, mayores energías llegado el momento.

—Me honrará este trato de excepción. ¿Conocéis a la dama que está bailando con el capitán Hoss?

—Es Ágata Le Couen. Al igual que Blanca, es íntima amiga mía.

—Bien. Ya tenemos tres piezas del rompecabezas. Vos, una; Blanca, la otra, y la tercera, Ágata Le Couen. ¿Cuál de las tres es la voz femenina que nos habló amparada por el ataúd de "La Guancha"?

—¡Leoncio!—llamó ella a un joven oficial que paseaba

nerviosamente, cerca de la entrada.

El interpelado acercóse, saludando cortésmente al Pirata Negro.

—Buenas noches, Prudencia. No vine a saludarte antes porque...

—¿Conoces al capitán Ibarguengoitia?

—Ya he tenido el honor de saludarlo cuando entró.

—Te llamé para decirte que no te impacientes si tarda Blanca.

Marchóse Leoncio de Bethencourt, y Prudencia Maga miró a Lezama.

—Adora a Blanca. Me aprecia a mí, y es un hombre de honor. No quisiera que ignorarais que tenemos la mala costumbre de inculcar en los caballeros un afán protector. Os lo advierto, porque si me viera en la necesidad de abofetearos, inmediatamente surgiría más de uno a pediros cuentas.

—Apaleado y zarandeado. Triste sino el del mortal sincero. Ved, otro actor de esta farsa. Un joven oficial de rostro amable y campechano, que afirma que me conoce, y miente.

—Sois levemente mezquino, capitán Ibarguenguoitia. ¿En qué ha mentido y por qué no se lo habéis dicho a él mismo?

—Era pronto. También vos mentís al llamarme Ibarguenguoitia, porque el así llamado está sirviendo de pasto a los peces.

Esta vez la palidez de Prudencia Maga adquirió un tinte ceniciento que la afeó. Vióse claramente que un pánico indescriptible se apoderaba de ella, y, pese al abanico, sus movimientos tardaron en recuperar la indolencia habitual.

—¿Vos no sois el capitán Ibarguengoitia? ¿Quién sois?

—Sigue la farsa, señora. Aun no hemos echado abajo la máscara. La noche es joven. Soy un ser mezquino propenso a ver cosas inexistentes. Hubo un instante en que temí que ibais a gritar. ¿Por qué no lo hacéis? Seguramente porque os dais cuenta de que estoy en posesión de ciertos secretos que no os conviene que se propalen. Pero vos sola, señora mía, no podéis haber tejido esta tela' de araña. ¿Quién os ayuda? ¿Leoncio? Un nombre prometedor... ¿Me perdonáis un instante?

Al levantarse él, Prudencia Maga buscó ansiosamente con la mirada a Basil Hoss. Éste no se dio cuenta. Muy ceremoniosamente bailaba con delicadas reverencias ante Ágata Le Couen. Era la imagen del perfecto inglés caballeroso.

—Bueno, ¿qué? ¿Me presentas ya, o no, vasco del demonio? Esta

“doña Remilgos” es la bella más atractiva de todas. Y dicen que tiene más oro que un sultán árabe. No irás tú a pretender enamoriscarla para limpiarle la doté, ¿eh? ¿Qué te propones?

—Te propondré algo mejor.

—Está mirando como una cervatilla en apuros al palo tieso de Hoss.

—¿Sí? Vaya... A veces eres útil, siciliano. Si tiendes demasiado la oreja rondando alrededor, me cortas el hilo de mis parrafadas. Ten paciencia, lindo mozo. ¿No querías penetrar el misterio que nos envuelve? Vamos camino de ello. Regresa dentro de un cuarto de hora...

—No me lances miradas de perdonavidas, porque aquí el único que puede...

—Eres tú. De acuerdo, Preziosi... Eres encantador, pero vete, ¿quieres?

—Pero volveré... ¡y pronto! Harto estoy de ser un títere.

—Yo también, cariño mío. Estoy hasta la coronilla de tanto misterio.

Riño Preziosi lanzó en balde miradas lánguidas a Prudencia Maga. Ésta, después de intentar inútilmente llamar la atención de Basil Hoss, fijó sus ojos en el que se sentaba de nuevo a su lado.

—Era el capitán, Preziosi. Le habéis flechado, señora.

—No os desviéis. Decíais que alguien me ayudaba en no sé qué absurda y macabra...

—Expresión muy acertada. Absurda y macabra. Hay en todo el rompecabezas que me atosiga mucho de pueril absurdo, como si estuviera hecho así adrede, y una macabra realidad. Varias muertes y otras que se avecinan... La brisa de vuestro abanico tiene efluvios de clavel. ¿Es vuestro perfume favorito? El capitán Hoss usa espliego... ¡Diantres, señora!... ¿Qué sucede? ¿Queréis aspirar sales de vinagre? Parecéis próxima al desmayo. ¿Llamo a un oficial?

—¡No, por favor, no!

—¿No son vuestros defensores? ¿O acaso teméis que oigan hablar de unas calas de presuntos negreros, que han de volver...?

—¡Callad, por favor! Os lo suplico.

—Así me gustáis más, señora. Habéis ya echado abajo la máscara.

—Es que... no quiero que nadie sepa que sois negreros..., que...

—Ya volvéis a recoger la máscara. Yo, en apariencia, soy el capitán Ibarguengoitia, negrero. Y ni soy el tal ni trafiqué nunca en negros. ¿Queréis saber quién soy?

—Sí.

—Dentro de unos instantes, señora, os suplicaré.un favor. Vuestra amiga Blanca no vendrá, porque os espera en un sitio que yo solo sé. Estimo preferible que vuestra dueña siga así. Saldremos unos instantes y después acudirá el capitán Basil Hoss.

Prudencia Maga empezó a respirar normalmente. Sonrió como quien ve el cielo despejado al desaparecer las densas nubes que presagiaban tormenta.

—Comprendo. Habéis usurpado una personalidad, y ahora queréis que se os pague el precio del silencio.

—Exacto, señora. Sois endiabladamente sagaz. El oro todo lo vence. ¿Descansamos unos instantes? Este duelo verbal, realizado antes de separar a medias las máscaras, me ha dejado agotado. Hablemos de cosas más agradables; por ejemplo: el cortar casacas a cuantos desfilan ante nosotros, en posturas exquisitas. Aquel gordo caballero, ¿quién es? Y su pareja, ¿es acaso un, vivo ejemplo de las cualidades nutritivas del sabroso gofio?

Durante cierto tiempo, Prudencia Maga consiguió dar a su charla informativa la banal entonación de un chismorreo social, sin maldad.

El Pirata Negro, aparentando escuchar atentamente, pensaba que era imposible que la que hablaba estuviera directamente complicada en las muertes de Imeldo Tejona, Temístocles y el intento contra Blanca Zarzales.

Eran “silenciaciones”, la clásica táctica de un cerebro criminal... Varias veces su mirada se posó en el semblante ascético de Basil Hoss.

Rino Preziosi dio frente a la pareja.

—A vuestros pies, señora. No he podido ya desoír la voz de mi corazón, que en repiques dolorosos...

—Capitán Rino Preziosi, señora... Con vuestra venia hablaré privadamente con él.

Mientras hablaba asió el Pirata Negro el brazo del siciliano, y se apartó con él.

—No está la noche para repiques dolorosos, amigo calabacín.

—¡Cuidado, vasco! Te tomas prerrogativas que...

—Haya paz hasta dentro de unos instantes, siciliano.

—¿Es amenaza?

—Es advertencia. Por ahora, ¿quieres trabajar bien y eficazmente? ¿No querías dejar de ser títere? La ocasión se presenta... Presumiste de inteligente. Presumiste de asesino. Presumiste de raptor de doncellas...

—¿Acaso lo dudas?—preguntó, ofendido, el siciliano.

—Lo tengo por cierto. Bien vi como pedías mi ayuda disponiéndote a matar a la mujer de los ojos verdes. Queda, pues, ya demostrado que eres un excelente asesino. Pero ahora no se trata de exhibir esta cualidad. Aporta inteligencia. Rapta a Ágata Le Couen.

—¿La que baila con el inglés? ¿Para qué?

—Ella es una de las claves.

—No estaría mal darle ese bromazo al inglés... antes de matarlo. Puedo apartarle de ella. Le diré que Aman Montané le llama. Como el catalán tiene fama de serio, lo creerá. Será gracioso. Harán los dos una cara de canelo espantosa...

—Eres encantador, siciliano. De niño tirabas piedras a los gorriones, y de mayor apuñalas con tu estilete con la misma tranquilidad. Todo para ti es cuestión de diversión. Escucha... Cuando yo salga de la plaza, acompañando a la que tú llamas “doña Remilgos”, no tardes en seguirme. Inventa lo que quieras. Di, por ejemplo, que Blanca Zarzales y Prudencia Maga te han delegado para que Ágata Le Couen se reúna con ellas. Supongo que te hará caso. Entonces, vas con ella a la tienda emplazada en la playa. Pero recuerda... Muerta, no nos.servirá. Viva..., ¿te das cuenta?

—No tengo por qué matarla—protestó el siciliano—. Estoy tan interesado como tú en poner en claro todo esto. Quedo de acuerdo. Pero, oye: no te hagas la ilusión de» que cuando zarpemos con rumbos distintos en tu velero va a ir “doña Remilgos”. Ésa me la reservo yo.

—Bien. Ya lo echaremos a los dados. Ahora, a lo dicho.

Prudencia Maga habló unos instantes con su dueña antes de aceptar el apoyo del brazo que le ofrecía el Pirata Negro.

Una vez en el exterior de la plaza, murmuró:

—Mañana toda la ciudad comentará que salí sola del baile

acompañada por un forastero. Llevad al menos vuestro caballo a sitio donde no puedan vernos.

—Vuestro amigo Leoncio quizá os puede facilitar otro.

—No quiero. Me resignaré a cabalgar en vuestra compañía.

—Confiad en mí. No veo en vos a la belleza, sino a la estatua de oro.

—¿Está lejos el lugar donde Blanca aguarda?

—En una tienda erigida en la playa de San Andrés, dando vista a los tres barcos negreros.



Rino Preziosi, en un descanso del baile, inclinóse respetuoso ante Ágata Le Couen y Basil Hoss.

—Perdonad si interrumpo el dulcísimo coloquio. El capitán Montané solicita urgentemente vuestra presencia, capitán Hoss. Ha tenido de repente una sospecha que os quiere comunicar.

—Con vuestra venia, señora—inclinóse el inglés—. Os dejo en buena compañía. Volveré inmediatamente... Os presento al capitán Riño Preziosi.

Marchóse el inglés abriéndose paso entre la densa masa humana.

Riño Preziosi deslizó rápidamente al oído de Ágata Leí Couen:

—Urgente, señora. Blanca Zarzales, vuestra amiga, ha sufrido un grave percance. Os espera en la playa de San Andrés. No quiere que alarméis a nadie. Me envió para que en mi caballo os conduzca a donde os espera con la señora Maga.

Ágata Le Couen vaciló ostensiblemente. Riño Preziosi empezó a estudiar las probabilidades de éxito de intentar atraer hasta la salida a la rubia y atractiva lagunera...

—Debo avisar a mis familiares...

—Expresamente me recomendó Blanca que no hicierais tal imprudencia.

El suceso es grave. Mi palabra de caballero que cada segundo que pasa agrava la situación.

Con una última vacilación, llevada por su sensible temperamento, Ágata Le Couen apoyóse en el antebrazo que galantemente tendía incansable el siciliano, y poco después llamaba a Leoncio de Bethencourt.

—Acompáñanos, Leoncio. Blanca nos necesita.

Torció el gesto el siciliano, pero sonrió risueño. Allá en la playa,

ya se resolvería la presencia del joven oficial.

* * *

Arnau Montané alzó la vista del libro al sentirse tocado en el hombro.

—Juzgo algo importuna vuestra llamada, capitán Montané...— dijo secamente Basil Hoss.

—¡Ah!...—dijo prudentemente el catalán.

—Abreviad. ¿Qué es lo que queréis comunicarme?

—¿Y vos?

—No tengo deseos de perder el tiempo en jeroglíficos.

—Yo, tampoco, y, sin embargo, navegamos en pleno laberinto de nieblas desde que pisamos tierra tinerfeña. Estabais cumpliendo con vuestro deber, capitán Hoss. ¿Por qué abandonasteis vuestra linda pareja?

—El capitán Preziosi me comunicó qua deseabais manifestarme cierta sospecha que sentisteis repentinamente.

—¡Ah!...

—¿De qué se trata?

—Realmente, sospechas siempre tengo muchas. En el momento presente sólo tengo una.

—¿Cuál?

—La de que el capitán Preziosi os ha hecho objeto de chanza.

—¿Qué pretendéis decirme?

—Yo no os he enviado al capitán Preziosi. Se ha tomado por su cuenta tal misión. Yo estoy leyendo y esperando el amanecer.

—Espero que no compartiréis la creencia del capitán Preziosi, de que en este baile estamos para divertirnos. Se ventilan asuntos muy importantes...

—No lo dudo. No he venido yo desde Barcelona para adormilarme oyendo musiquillas quebradizas y melifluas. Ansias tengo ya de saber a qué atenerme y zarpar. Os doy mi palabra de que éste será el postrer baile a que asista. Guando cese el último compás, propongo que nos reunamos los cuatro. Cuatro cerebros pueden más que uno, capitán Hoss...

—Aceptado.

Marchóse, para regresar instantes después.

—Requiero vuestra ayuda, capitán Montané.

—Para eso estamos, para ayudarnos. Percibo un tono airado en

vuestra voz.

—Vuestro capitán Preziosi...

—No es mío. Es un asociado nuestro. Yo no lo elegí.

—El siciliano ha marchado con la señora Le Couen. Un oficial ha tenido la amabilidad de informarme de que oyó citar al señor Bethencourt, que les acompañaba, la playa de San Andrés.

—¡Ah!...—y el catalán cerró el libro.

—Y el capitán Ibarguenguoitia se ha marchado con la señora Prudencia Maga.

—¡Ah!...—y Arnau Montané se puso en pie, reajustándose el cinto.

—¿Eso es cuanto sabéis decir?

—La noche, l.—> juventud, el aroma de las flores... Dicen que esas cosas son culpables de muchas tonterías. Emito la opinión de que debemos dirigimos hacia la playa de San Andrés. Aunque... si al llegar presenciamos escenas idílicas, supongo, capitán Hoss, que vuestro puritanismo británico no oh Impulsará a cometer la falta de tacto de demostrar celos o rencores. Si Preziosi conquistó a la dama, culpa es de ella por carecer de sesos...

—No manoteéis en aguas que no conocéis, capitán Montané. No hay por mi parte pensamiento alguno amoroso.

El catalán miró de soslayo al británico.

—Lo creo. Sois inteligente, y no os entorpeceréis con el fardo de un corazón sentimental.

—Me temo, capitán Montané, que la vasta empresa empezada con favorables auspicios, sólo vos y yo podremos continuarla. Tanto el vasco como el siciliano han cumplido ya con su misión. Están ahora de más.

—Habláis inadecuadamente, capitán Hoss. ¿No sois vos uno de los cuatro asociados? Por un instante me disteis la impresión de ser la mano oculta que ha organizado todo este misterioso asunto...

—¿Vamos, capitán Montané?

—Os sigo, capitán Hoss.

Dos nuevos invitados abandonaron la Plaza del Adelantado, emprendiendo el camino de descenso hacia el litoral. Pero iban solos, y abismados en pensamientos que, aunque distintos, coincidían en un punto: presentían que estaba muy cercano el momento peligroso, en que cuatro aventureros de violento carácter

iban a enfrentarse en sangriento epílogo.

Capítulo IV

Se deshace el nudo gordiano…

La tienda de campaña que Arnau Montané había erigido en la playa de San Andrés era amplia, y su interior más parecía despacho de escribano que cuartel de un capitán de mar.

En el centro, una mesa soportaba legajos de papel, libros y escribanía. A un lado, un camastro de cómoda holgura estaba rodeado por la tela de un mosquitero.

Dos lámparas de aceite iluminaban el recinto. Para evitar la humedad de la arena por la noche, y su calor durante el día, había por todo el suelo un ancho tapiz de fibra vegetal.

Durante todo el trayecto, Prudencia Maga habíase encerrado en un total mutismo. Confiaba en que Basil Hoss sabría resolver la difícil situación creada por el intruso que había usurpado la personalidad del capitán vasco.

En la hilera de árboles lindante con la ancha playa, ató Lezama el caballo. Ella veía en su acompañante a un aventurero, dispuesto a vender el secreto que había sorprendido. En tono de mando, exigió:

—Conducidme pronto al lugar donde aguarda mi amiga Blanca.

—Servíos andar un trecho. Está en aquella gruta, doblando el promontorio.

En la bahía mecíanse blandamente Ion tres barcos negreros. Sus tripulantes entregábanse al sueño, obedeciendo la prohibitiva orden de no bajar a tierra, En la torreta de cofa, el vigía permanecía en duermevela.

—No os alarméis demasiado—dijo el Pirata Negro cuando Prudencia Maga se detuvo ante la boca de la obscura gruta—. Tengo que hacer empleo de vuestro nombre, y para ello me es preciso poneros a buen recaudo.

—¿Qué intentáis?..

—Permaneceréis sola y a obscuras escaso tiempo. Os pido perdón, pero a la vez os aconsejo que no opongáis resistencia.

Gritó ella al sentir contra sus brazos atraídos hacia atrás la presión de una correa. Maniatada hábilmente, sintióse levantada en vilo y depositada poco después en el interior de la gruta, sobre un banco tallado en la misma roca.

—Pronto os harán compañía. No os desgañitéis gritando, porque sólo os oirían las paredes.

Regresó el Pirata Negro a la tienda perteneciente a Arnau Montané. Oyó detenerse varios caballos en la zona boscosa lindante con la playa.

Riño Preziosi adelantóse apresuradamente.

—Viene ella, pero se entremetió el joven oficialillo. ¿A cuál de los dos tumbo primero?

—Pronto es aún. Ten calma, que tío tardarás en poder desfogar tus instintos de cazagorriones.

Leoncio de Bethencourt, en cuyo brazo apoyábase Ágata Le Couen, se aproximó. En el umbral de la tienda, la luz dio de lleno en su rostro, y fue visible su perplejidad y desasosiego.

—¿Dónde está Blanca? Ardió la casa de “La Guancha”. Todo son cenizas. ¿Sufrió ella algún percance?

—Pronto veréis a Blanca Zarzales. Pero, si lo deseáis, hacedme la merced de no extrañaros si os digo que, entregándome vuestra espada, evitaréis grandes daños a Blanca y a la señora que os acompaña.

—¡Celada!—exclamó el oficial, desenvainando y protegiendo con su cuerpo a Ágata Le Couen.

—Resulta odioso, señor, que os haga observar que somos dos negreros, y mi compañero está deseoso de sangre... ¿Vais a exponer a la muerte a la dama que no podéis proteger? Os doy mi palabra de que ningún daño os sucederá. Yo mismo os devolveré la espada, cuando Basil Hoss haya hablado y sepamos si Prudencia Maga es una demente, extraviada por la ambición, o una mente criminal que no merece perdón. ¿No me entendéis?.. Luego me daréis las gracias por lo que ahora no estáis dispuesto a tolerar. Os afirmo que la vida de Blanca pende de vuestra decisión...

—¿A qué tantas contemplaciones? — masculló Riño Preziosi, desenvainando su largo estilete—. ¡Sus y a ellos!

Leoncio de Bethencourt comprendió que intentar resistir era entregar a una muerte segura a su acompañante, que temblorosa parapetábase tras él. Tendió la espada...

—Marchad delante, señor. A la gruta, doblando el promontorio. Tú, siciliano, aguarda aquí, porque supongo que no tardará en llegar tu amigo Basil Hoss.

Por el camino, el Pirata Negro volvió a entregar su espada al joven oficial, que, aumentada su perplejidad, la cogió, conservándola desnuda en la mano.

—Supongo que no tendréis que esperar mucho tiempo, señor. Quedará todo aclarado dentro de unos instantes. Pero recordad que si dierais libertad a Prudencia, sería olvidar lo que de aleccionador tiene este nombre. Permanecer los tres en la gruta, y todo el macabro asunto en el cual os habéis visto mezclado inconscientemente, no tendrá un epílogo sangriento si me hacéis caso. Sabéis ya el camino. Os dejo.

—¡No estoy dispuesto a obedecer! ¡Desenvainad y dadme razón!

Cruzóse do brazos el Pirata Negro,

—¿No os satisface mi actitud? Bien, seré el negrero que suponéis. Si tenéis el menor deseo de ver en vida a Blanca Zarzales, obedeced.

Volvió la espalda, desandando el camino. Leoncio de Bethencourt vaciló, sintiéndose acometido por el deseo de atacar al que se iba... La mano de Ágata Le Couen posóse en su brazo.

—Más valdrá que aguardemos, Leoncio. Vislumbro que la actitud de Prudencia tenía atisbos de algo que no acierto a comprender.

Dirigiéronse hacia la cueva...

Rino Preziosi aguardaba en el interior de la tienda. Mostró los dientes en mueca siniestra.

—¿Rehenes con las dos hembras y el oficialillo?

—No se te escapa una.

—¿Te burlas? Estás ya resultándome muy mandón. "Trae, lleva, di, haz..."

—¿Has asistido alguna vez a un arreglo de cuentas entro asociados que no se entienden? Gente de mar...

—¡Oh, sí! Varias veces... En la playa. Una mesa. Se colocan las armas encima de la mesa y cada uno se separa unos pasos. Se

discute, y, si no se llega a un acuerdo, se salta hacia la mesa... Muy agradable. ¡Ah, ah!... ¿Eso te propones?

—Sí. Y supongo que la idea te encantará.

—El inglés, para mí. Te dejo el catalán. Después, si quedas en pie, veremos qué trato hacemos. Sobrarán dos barcos y tenemos tres prisioneros con buen rescate. Podemos repartir, si no te pones tonto.

—Procuraré no ponerme tonto, porque hasta ahora lo he sido ya bastante.

—¡Caballos! — exclamó Preziosi, aguzando el oído.

—Dos... Dos gorriones, siciliano... Pórtate bien, y la caza será provechosa.

Arnau Montané fue el primero en entrar. Tras él lo hizo Basil Hoss. En las dos esquinas del fondo manteníanse en pie el Pirata Negro y Rino Preziosi.

Les cuatro miráronse en silencio. El Pirata Negro avanzó y colocó sobre la mesa su cinto, donde pendía él tahalí de la espada y la daga.

Arnau Montané miró a Basil Hoss, quien colocó también sus dos aceros en otra esquina. El catalán sacó de bajo su casaca la pistola, que arrojó fuera de la tienda después de vaciar la pólvora y la bala. Con la espada y el ancho cuchillo en las manos invitó con la mirada a Rino Preziosi, que dejó su estilete y su espada en la esquina que le daba frente.

Arnau Montané depositó sus dos armas... Y los cuatro a la vez dieron tres pasos atrás, separándose de la mesa.

—Tomo la palabra por ser el de más edad—dijo solemnemente Arnau Montané—. Interpretando la actitud de los señores Preziosi e Ibarguengoitia, deduzco que ha llegado el momento de que cada uno explique con lealtad su participación en los extraños hechos que en Tinerfe nos han reunido. Hace seis meses me abordó un caballero llamado Imeldo Tejona, proponiéndome el armar barco negrero, para lo cual depositaba a mi nombro una cantidad suficiente en casa de Banca de Barcelona. Me dio el diseño de la construcción. Acepté, y él sabía que cumpliría, porque había buenos beneficios a la vista, cumpliendo. Me dio cita para una fecha comprendida entro el 5 y el 15 del actual mes de marzo de 1711. Me garantizó ene la llegada de mi barco no sería recibida con

cañoneo do las fortalezas defensoras, porque contaba con influencia suficiente para obtener libre entrada, demostrando la intención pacífica y mercantil de mi buque... Comprendí que hablaba por otra persona. ¿Quién le había dictado aquellas palabras? Alguien muy ducho en cosas de mar. No soy yo, señores. Que hable ahora el más joven.

—Ganas tenía de hacerlo. También a mí me sucedió idéntica aventura que al catalán. Cumplí, viniendo. Pero al llegar empezaron los tapujos. Convocados en una sala donde había tres ataúdes, uno se abrió, y una voz femenina, amparándose en la momia de "La Guancha", nos dictó extrañas órdenes. Teníamos un pliego ante nosotros. En síntesis, ¿qué decía el pliego? Que fingiendo ser negreros, y deseosos de tomar estado de casados en la isla, nuestro regreso gozaría de la misma libertad de entrada que tuvimos al anclar por primera vez. Manifestaríamos que pensábamos regresar atiborradas las calas de mercancías. Pero, en realidad, nuestras calas contendrían cada una ochocientos hombres mercenarios armados hasta los dientes, para desembarcar de noche y emprender el ataque. ¿Por cuenta de quién? Te cedo la palabra, vasco...

—En los dos ataúdes, que hacían compañía al de "La Guancha", había los cadáveres de Imeldo Tejona y el muchacho Temístocles. Tras las tres cajas había un cuartucho desde el cual una voz femenina, nos habló... ¿Quién dio muerte a Tejona, y al niño? ¿Quién ha incendiado la casa propiedad de Blanca Zarzales? ¿Quién intentó dar muerte a esta última?.. Os cedo la palabra, Basil Hoss.

El inglés se estiró los puños de encajes, dio unos toques a su coleto rizado, y miró alternativamente a los otros tres.

Cada uno de ellos distaba igual distancia de la mesa convertida en arsenal. Rizo Preziosi pasábase la lengua por los labios, ansiando ya empezar la pelea. Pero tascaba el freno, deseoso de que el misterio se esclareciera.

—Me remontaré, señores, al momento en que, después de un naufragio, arribé a esta isla. El señor Imeldo Tejona me, propuso el mando de un negrero.

Miró hacia la mesa, señalando con un negligente ademán las armas.

—Dentro de un instante ellas entrarán en liza. Declaro terminantemente que vos, Preziosi, por necio, estáis de más. Vos,

Ibarguenguoitia, por entremetido, estáis de más. Elijo medir mis fuerzas con vos, Rino Preziosi. Vos, capitán Montané, eliminaréis al capitán Ibarguengoitia.

—Faltan varios puntos por aclarar —dijo Lezama—. Tasca el freno, siciliano. ¿Vas a matar a un inglés sin que antes vacíe el saco?

—Yo maté a Tejona y al muchacho —dijo Basil Hoss, severamente—. Habían ya realizado su misión. Mi empresa era demasiado genial para dejarla al albur de cualquier indiscreción. Por eso tenéis que morir vosotros dos.

—Si mal no he entendido—dijo, Montané—, vos, capitán Hoss, nos habéis echado pólvora a los ojos, teniéndonos en el engaño hasta ahora.

—Así convenía, capitán Montané… Cuando los mercenarios ingleses, que en un islote africano aguardan ser embarcados para conquistar la isla, diezmen a las fuerzas españolas, obtendré el pendón por mi pasado. Seré igual que Sir Henry Morgan, nombrado gobernador de la isla. Vos seréis mi secretario, porque sois cauto, morigerado y prudente.

—¿Qué papel han desempeñado Leoncio de Bethencourt, Blanca Zarzales y Ágata Le Couen?—inquirió el Pirata Negro.

—Simples marionetas. El oficial, por amor a Blanca Zarzales, aceptó el salir garante de nosotros cuatro y nuestros buques. Blanca Zarzales se lo pidió, porque creyó a pies juntillas en la afirmación de Prudencia de que ésta quería intentar un negocio productivo de tráfico en sedas, especias y maderas preciosas. Ágata Le Couen sólo sabía que tenía que ser amable conmigo. Esta noche, al llegar al baile, Prudencia me dijo que Blanca Zarzales iría seguramente a la casa de “La Guancha” para cerciorarse de si Temístocles, el niño encargado del servicio, no descuidaba los hachones y la limpieza de la sala. Acudí con ella, y os vimos entrar, señores Preziosi e Ibarguengoitia. Ella os habló desdé detrás del ataúd. Yo aguardé. Cuando dejasteis a solas a Blanca Zarzales, comprendí que ya había visto suficiente. La apuñalé y prendí fuego a la casa, para hacer desaparecer las huellas de los cuerpos de Tejona y Temístocles. ¿Queríais saber algo más, señores?

Rino Preziosi dio un paso hacia delante. Basil Hoss le imitó.

—Vuestro plan es absurdo, Basil Hoss—decretó Montané—. No

contaréis con el apoyo de los naturales.

—Un ataque por sorpresa vencerá los obstáculos. Después, eliminaremos con mano dura cualquier conato de resistencia.

Rino Preziosi abalanzóse hacia sus dos armas. Colocaba ya las manos en las empuñaduras, cuando atronó el espacio un pistoletazo.

Basil Hoss acababa de sacar una pistola que llevaba oculta bajo el sobaco. Alcanzado en pleno pecho, el siciliano lanzó un rugido… Cayó de bruces sobre la mesa y pendieron inertes sus brazos…

Carlos Lezama, en la diestra la espada y en la zurda la daga, miró a Basil Hoss, que, arrojando al suelo su pistola ya inservible, asió los dos aceros…

Fuera empezaba a amanecer. Arnau Montané, en alto sus dos armas, declaró ceñudamente:

—Sois desleal, inglés. Si el capitán Ibarguengoitia no os mata, yo os administraré justicia.

Basil Hoss lanzó una estocada pérfidamente sinuosa al cuerpo del catalán, pero Montané estaba sobre aviso. Saltó de costado…

El Pirata Negro atacó, en defensa contra la recia estocada con la que Basil Hoss intentó perforarle la garganta…

Arnau Montané siguió tras los dos duelistas, en alto sus dos aceros. El inglés dominaba todos los recursos de la esgrima artera. Fuera ya de la tienda, afianzó los pies en la arena. Detuvo con la daga el estoconazo y dobló la rodilla…

Su punterazo a fondo halló el vacío, rígido a su costado. Carlos Lezama batíase con decisión serena. Mentalmente se reprochaba la ira que sentía por la traición que cosió la vida al siciliano. Éste no era más que un asesino, pero comparado con el que le había disparado deslealmente un pistoletazo, era casi merecedor de clemencia…



Tinto en sangre, cayó encima del cadáver...

—¡Mío! ¡Aparta!—Eran dos gritos agónicos.

Rino Preziosi, sangrante el pecho, vacilante el andar, asestó con sus dos armas dos tajos a los aceros combatientes. Apartóse el Pirata Negro, y lo que siguió fue una escena propia del Caribe.

Rino Preziosi recibió consecutivamente una estocada que atravesó su pecho nuevamente, y un golpe de refilón de la daga que cortó su muñeca diestra... Cayó la mano, empuñando la espada...

Rino Preziosi hundió varias veces mi estilete en la garganta del inglés. Lanzaba gritos estremecedores a cada herida mortal que causaba.

Tinto en sangre cayó encima del cadáver de Basil Hoss... Revolcóse hasta apartarse, y quedó cara al cielo lívido del amanecer.

Sonreía dilatado el rostro en expresión diabólica.

—Yo... el invencible e irresistible Rino Preziosi... di muerte a un asesino... en playa española... Tú, catalán..., escribe mi historia..., y en mi epitafio di que no hubo quien... conmigo pudiera compararse... Todas... se me rendían... y todos... todos... me temían...

Cesó de sonreír, giró los ojos en lánguida mirada... Intentó

atusarse el bigote con-el muñón de la diestra. Estremecióse, y la definitiva inmovilidad distendió sus facciones.

Arnau Montané inclinóse y cerró los párpados del siciliano.

—Era un irresponsable—dijo sentenciosamente—. Yos y yo quedamos, capitán Ibarguengoitia. ¿Tenéis queja de mí?

—Por mí, os podéis pudrir en cualquier otra playa, señor.

—¡Ah!... Lo mismo os digo. ¿Tenéis algún arreglo que proponerme?

—Nunca gusté de los misterios. Ha amanecido ya. En la gruta, más allá del promontorio, están esperando el oficial Leoncio de Bethencourt y dos damas.

—¡Ah!... Presumo que serán las dos damas con las que abandonasteis el baile. ¿Vamos allá? ¿Me permitís que, por ser de más edad, lleve yo la voz cantante?

—Yo soy ya Poncio Pilatos.

—¡Ah!... Dejadme, pues, que sea yo Caifás.

En la gruta, Prudencia Maga estaba ya desatada. Leoncio de Bethencourt, espada en mano, hizo parapeto con su cuerpo cuando aparecieron los dos capitanes.

Arnau Montané hizo un gesto apaciguatorio, y con voz doctoral fue exponiendo la complicada trama con que Basil Hoss, sirviéndose del dinero de Prudencia Maga y de su amor, había pretendido conquistar para Inglaterra la isla de Tinerfe no vacilando en cometer crimen tras crimen.

Al terminar su relación, Leoncio de Bethencourt había ya envainado, y miró con expresión de reproche a Prudencia Maga.

—No tienes perdón—dijo, apenado. —No pienso en mí, Prudencia. Pudiste exponerme a ser ahorcado. Pienso en Blanca y en Ágata... Pienso en los pobres Imeldo y Temístocles...

El Pirata Negro sólo había intervenido una vez para declarar que Blanca Zarzales estaba fuera de peligro a su bordo.

Prudencia Maga, desorbitados los ojos, púsose en pie. Salió de la gruta, primero andando con paso tembloroso. De pronto corrió alocada...

—Creedme, señores, ella no podía saber que el hombre que amaba era un criminal. Creedme, os lo garantizo.

—En lo sucesivo, joven alférez, no garanticéis tanto. El amor hace cometer muchas tonterías—dijo Arnau Montané, ceñudamente

—. Pero bueno, vayamos al negocio. Yo no he venido aquí a perder el tiempo. Pido como reparación compensatoria del riesgo que corrí de ser un imbécil traidor sin provecho, una compensación. Deseo me sea firmada la cesión en propiedad del barco que fleté, así como el del capitán Riño Preziosi…

—Os pertenecen…—dijo Leoncio de Bethencourt—. Habéis salvado a la isla de un episodio sangriento, con vuestra intervención, señores. Y vos, capitán Ibarguengoitia…

—Olvidad al capitán Ibarguengoitia—dijo Lezama—. Yo hice tan sólo escala en Tinerfe para reparar mis velas. Venid a mi bordo, y si, come espero, Blanca Zarzales está ya en condiciones de ser trasladada, lleváosla…

Al salir de la gruta, Arnau Montané tocó en el antebrazo a Lezama señalándole la arena de la playa.

Entre los dos cadáveres, una desmelenada mujer sollozaba histéricamente. De pronto, un relámpago de acero cabrilleó…

Prudencia Maga acababa de esgrimir contra su pecho la daga que Basil Hoss mantenía en su mano muerta.

Leoncio de Bethencourt, con un gesto angustiado, corrió hacia allá. Poco después se levantaba con el rostro demudado, llevando en brazos el cuerpo inerte de Prudencia Maga.

—No debí…—murmuró, acongojado. —No debí dejarla salir sola, Ahora, tarde es ya. Ha muerto… Nadie debe saber cómo sucedió, señores. Os lo suplico. Volveré…

Marchóse, empañados los ojos en lágrimas. Ágata Le Couen, a su lado, trataba inútilmente de dar calor a las manos que pendían inertes y sin vida.

—Buen muchacho—comentó Montané— Ha tenido eso un buen fin. Regresaré a Barcelona con dos barcos míos. Los venderé, y no creo que vuelvan a verme por estas latitudes. Voy para viejo y…

—No os enternezcáis sobre vos mismo, señor Montané. Son lágrimas de caimán. Cierto estoy que ya lo habéis olvidado todo. Pensáis tan sólo en que habéis hecho un negocio redondo.

—A cambio de una enseñanza. Leoncio de Bethencourt no garantizará ya a nadie. Ágata Le Couen reflexionará antes de enamorarse, y Blanca Zarzales no concederá fácilmente su amistad.

—Seamos prácticos, ¿no?

—Eso es. La vida no es lecho de rosas…

Mientras hablaba, Arnau Montané iba cavando con su espada un hoyo en la arena. Ramón Doltra apareció, saliendo de tras la tienda. Ayudó a cavar las tumbas, donde poco después eran depositados los cuerpos de Basil Hoss y Rino Preziosi.

Fueron pisando la arena recientemente removida.

—Si no os interesa el barco de Basil Hoss, que os pertenece, vendédmelo—sugirió Montané—. En la isla seguramente podré venderlos para fruteros. Os doy… treinta mil doblones de oro. Es exactamente el precio que costó.

Carlos Lezama cruzóse de brazos.

—¿Qué pensáis hacer con las tripulaciones? ¿Comprarlas también?

—Que se las compongan. Tú, Ramón, toma el mando, del barco del siciliano. Lo venderemos en Barcelona. Trae de mi cofre treinta bolsas. Ya ¿conoces el truco para abrir, ¿no? Cuidado con el resorte…

Ramón Doltra miró al Pirata Negro.

—Necesito ese dinero, catalanes… Llévalo a mi bordo, lugarteniente, y vuestro es el barco de Basil Hoss, capitán Montané.

—Los tratos claros siempre resultan bien, ¿sabéis? Si en el mundo no hubiera media humanidad dispuesta a vivir de la otra mitad engañándola, todo iría mejor.

—¿Habéis leído el *Tartufo*?

—¿El moralista hipócrita que pintó Moliére, el francés? Sí, conozco el personaje. Siempre me gustó instruirme. No se me parece. El quería convencer.a los demás de su moralidad, siendo un bandido. Yo no tengo el menor interés en convenceros de lo que no soy. Vine por un negocio. Quisieron engañarme. Deshice el trato, y he pedido la compensación debida. Hubiese sido secretario de Basil Hoss si hubiese visto que podíamos contar con el apoyo de los isleños. Eso es todo. El que no sea pecador, que me lance la primera piedra.

—Nunca os perderá el pecar irreflexivamente, capitán Montané. Ahí vuelve vuestro segundo, cargado con un saco apetitoso. Adiós, señor. Espero que nunca más volveremos a vernos. Vuestro segundo conocerá el emplazamiento de mi velero. Que conduzca a él al caballero Bethencourt. Facilitadle unas angarillas y dos hombres para trasladar a su amada. Es un servicio que os granjeará la

benevolencia del muchacho. Podréis luego venderle a buen precio el barco de Basil Hoss.

—Gracias por el consejo. Lo seguiré. Adiós, capitán Ibarguengoitia.

—Está en el fondo de los mares Yo no soy Ibarguengoitia.

—¡Ah!:...

—¿No os interesa saber quién soy?

—Ése negocio ha terminado ya, señor. No quiero más misterios.

—Coincidimos. Buen viaje. Tranquilidad y buenos alimentos.

—Y próspero os sea también a vos. Adiós.

* * *

Ramón Doltra tenía muchas cosas que contar. Arnau Montané le escuchó pacientemente.

—...y era bonito ver cómo el oficial besaba las manos de la dama pálida, que estuvo en un tris de morir. Me removió las entrañas. Acompañé la camilla basta la carretela. Los ojos verdes de la dama tenían luz de miedo, pero el oficial decía palabras dulces...

—Mira, Ramón: tú, en hablando de mujeres estás perdido, ¿sabes? Te catarás con mi Montserrat, y, sentado en la caja del almacén, también sentarás la cabeza. No hay nada como el matrimonio para quitar todos los romanticismos.

—¿Acaso vos no sois también un romántico a vuestro modo? Bien que queréis a la señora Montserrat...

—La quiero como esposa, y para toda mi vida. Pero no pierdo el tiempo en decirle palabras dulces. Ella sabe que yo soy su marido. Yo sé que es mi esposé, y sobran las tonterías. A tu barco, Ramón. ¡Ah!... Acércate.

Ramón Doltra aproximóse, tendiendo el oído para escuchar mejor. Un recio bofetón estalló contra su mejilla.

—Ahí van mis cuatro dedos, Ramón. También son cuatro barras, ¿sabes? Para que recuerdes que dijiste que me ibas a perder el cariño y el respeto.

Ramón Doltra, ceñudo, asintió con la cabeza.

—Ha estado bien, capitán Montané. Debí comprender que vos no...

—Hay que instruirse, Ramón. ¿No quiso el inglés engañarnos para quitamos de en medio después de conseguido su propósito? Aprende la lección. No te fíes ni de tu sombra.

—De vos siempre fiaré...

—Mira, Ramón, no tienes cura. ¡Ni de mí te fíes, romántico! Anda, vete, y recuerda que el seso nos lo dieron para buscarnos las *mongetes* y no para soñar en boberías perdiendo el tiempo.

* * *

“Cien Chirlos” fue vaciando en el cofre del camarote bolsa tras bolsa de las que en un saco había traído el lugarteniente de Arnau Montané.

—Bien que lo necesitábamos, don Marcelo—dijo el Pirata Negro —. Durante un cierto tiempo vamos a estar anclados en un islote tranquilo que conozco a medio camino de las Antillas. Es un islote adecuado para el fin a que lo destino. Agua abundante de manantial, mucha fruta, caza, cuanto se necesita para una temporada de reposo. Un pequeño paraíso. Construiremos abrigo resguardado para mi esposa... y aguardaremos tranquilamente un gran acontecimiento, guapetón. Trata de adivinar..., pero no lo digas. Guárdalo para ti. ¿A qué viene esa sonrisa de complicidad, bellaco?

—Tú eres feliz, señor. Y yo lo soy... y quisiera tu permiso, señor, para bajar a tierra. Tengo que comprar una cosa que en el islote no hallaré.

—Zarparemos mañana al anochecer. Esta tarde puedes darte un paseo por la ciudad. Pero ve con tiento, bizarro mozo. En tan poco tiempo suceden a veces milagros. Y si quieres esposa, zambúllete presto. Es como lanzarse a un mar proceloso. No debes pensarlo mucho tiempo.

—No... no pienso casarme nunca, señor... porque no entiendo de mujeres más que para... Bueno, quiero decir que sólo los hombres como tú, que saben muchas cosas, pueden llegar a entender a las mujeres.

Y por la tarde, en los bazares de la ciudad, sudó “Cien Chirlos” verdaderas angustias para elegir las telas más caras, después de preguntar con el rostro encendido en rubores cuáles eran las más apropiadas para pañales. Adquirió también hilos y agujas, y en su saco marinero ocultó sus adquisiciones, que a bordo colocó bajo su camastro, trazando en la pared, con rasgos de yeso, varias adiciones.

Monologó:

—Estamos finalizando marzo del año 1711. A fines de año, pues, será la cuenta cabal. Eso es. Buenas Navidades las de 1711.

SEGUNDA PARTE

EL ISLOTE PARADISIACO

Capítulo I

Febrerillo del año de gracia de 1712

En una bahía protegida de la costa sudoeste del “Islote de las Palmeras”, un bergantín de recia estampa belicosa y grandes palos ofrecía en su proa un mascarón que representaba un mitológico tritón rezumando espuma, toscamente tallado en madera, y bajo el figurón brillaban al sol las letras de hierro que decían “Salvador”.

El negrero antillano Salvador poseía un desmedido orgullo y consideraba que el mejor nombre para su barco era su propio nombre, conocido en todo el Caribe como sinónimo de salvaje crueldad desenfrenada y malvados instintos sanguinarios.

La tribulación, desparramada por toda la cubierta, dedicábase a recoser las velas desgarradas en un reciente combate, mientras los carpinteros de a bordo tallaban cuñas para asentar las bases de los mástiles, que habían sido sacudidos por las andanadas artilleras de la fragata española hundida en medio de las llamas del incendio que los negreros piratas de Salvador habían provocado, después de pasar a cuchillo a toda la tripulación y los pasajeros.

Salvador sólo había dado la orden de respetar a los pasajeros que habíanse encerrado en el camarote principal de la sala capitana, cuando el barco fue atacado por la nave del antillano.

La larga carrera de Salvador era una sucesión ininterrumpida de bestialidades; incidentalmente ejercía por su cuenta, en determinadas épocas, el tráfico negrero. Pero era el clásico pirata, sin alma y despiadado, exacerbada su maldad por sus defectos físicos.

Al pisar la arena de la playa, hincó en ella su pierna. El palo que substituía la pierna cortada por un cañonazo constituía para el pirata una de sus sólidas defensas, en vez de ser, como normalmente podía suponerse, un punto débil.

La cubierta del buque pirata ofrecía innumerables agujeros producidos por los berbiquíes de los carpinteros.do Salvador y bajo sus órdenes. En aquellos orificios entraba con justeza la contera de hierro que remataba la pierna de madera, y siempre procuraba Salvador, cuando se detenía, que su pierna, se hincara en alguno de los agujeros.

Ahora, solo en la playa, por aquella mañana de febrero de 1721, el voluminoso pirata de músculos pronunciados echóse hacia atrás él negro chambergo, de ancha ala delantera vuelta hacia arriba, en el centro de la cual una calavera de plata estaba cosida sobre dos huesos entrecruzados.

Era la insignia de su pabellón de muerte.

Medio desvanecidas de temor, dos mujeres eran arrastradas desde la orilla por dos piratas, cada uno de los cuales las asía brutalmente por un brazo.

—Traedme también a los hombres, pero amarrados—dijo Salvador, con su ronca voz aguardentosa. Se sienten muy valientes y no quiero matarlos todavía. .

Libres de las brutales manos de los dos piratas, las dos mujeres se abrazaron, mirando con espanto el rostro barbudo y sucio del antillano Salvador, uno de cuyos ojos había desaparecido a consecuencia de una puñalada.

El aire salino escocía la cuenca sin pupila y el pirata la cubría con un rectángulo de terciopelo negro, con lo cual nada salía ganando su aspecto, ya de por sí grandemente repulsivo.

—¿Os asusta el verme, gacelas?— preguntó innecesariamente y muy satisfecho de sí mismo—. Por españolas deberíais mostrar la misma arrogancia que vuestros compañeros demuestran.

Adelaida y Juana Sandoval siguieron abrazadas y en silencio. No podían evitar el temblor físico que la repugnante presencia del pirata les producía, pero su alma indomable estaba dispuesta a no implorar, y las dos hermanas, aun sintiendo próxima la muerte, intentaban mirar con altivez al pirata, que lentamente acababa de desenvainar su largo y corvo sable do abordaje de ancha hoja.

Salvador agitó en el aire la acerada y temible arma, con la cual tantos cuellos había segado de cercén. Las dos hermanas Sandoval cerraron los ojos... y el pirata rió en cavernosa carcajada cruel.

—Todavía no, gacelas. Valéis posiblemente buenas onzas de oro.

Si no es así, entonces sí que vuestros cuellos sentirán el frío de esta hoja después del calor de mis besos.

Un pirata adelantóse corriendo al grupo que llegaba conduciendo entre ellos a tres hombres atados con cadenas.

El pirata abalanzóse al suelo de rodillas ante Salvador.

—Perdona, señor, perdóname — imploró temblorosa —Yo no tuve la culpa, porque acababa de relevar al negro Curro... y al ir a sacar a los prisioneros es cuando hemos visto qué faltaba uno de ellos.

—¿No eras tú el encargado de guardarlos?—preguntó roncamente el jefe pirata. —Cuatro hombres tienes que traerme. Esa es la cuenta.

—Dice el negro Curro que oyó un chapuzón, pero como los demás compañeros se bañaban, lo creyó producido por uno de nosotros. Uno de los prisioneros, se ha reído, diciendo que su amigo al escaparse ha preferido nadar entre tiburones que morir entre asesinos como nosotros.

—Si dijo eso, es porque tú permitiste que se escapara el español que falta. No lo volverás a hacer.

Las dos mujeres gritaron despavoridas al ver abatirse en el aire, refulgiendo al sol como un relámpago, la hoja del sable, que cercenó limpiamente la cabeza del pirata arrodillado.

Frente a la pierna de palo la cabeza cortada parecía querer morder la madera.

Salvador secó la hoja ensangrentadla pasándola repetidas veces sobre el cabello de la cabeza cercenada.

Miró con torva expresión al grupo de los tres prisioneros masculinos que, erguida la frente, le devolvieron la mirada desafiantes.

—¿Dónde ha ido vuestro compañero?—preguntó con sordo furor.

—Te lo ha dicho ya el hombre que acabas de matar. Prefirió morir entre los tiburones en alta mar y aprovechando un momento de descuido de tu centinela, saltó por la borda—habló Hernán Sandoval.

—¡Id a bordo!—rugió Salvador, dirigiéndose a los otros piratas. —Botad todas las lanchas y adentraos en el mar. No andará lejos el huido.

—Estará ya muy lejos, pirata—dijo Hernán Sandoval. —Hace más de dos horas que se escapó y los tiburones son más misericordiosos que vosotros.

La mano diestra del pirata abofeteó al que hablaba, mientras propinándole un rudo empellón le obligaba a caer sentado junto a sus hermanas.

—Galleas mucho, español. No me obligues a azotarte porque quiero conservarte en buen estado. Tus vestidos son lujosos y en tu bolsa había buenas onzas sonantes.

—Calla, Hernán — imploró Juana, colocando su mano sobre la boca de su hermano que iba a insultar al pirata. —Ese hombre tiene razón. No debes desafiarle... ya que solo busca nuestro dinero.

—Tu hermana es más lista que tú, español. Escuchadme los cinco. Salvaréis la vida si escribís un mensaje a vuestras familias para que entreguen al portador cuatro mil onzas por cada uno de vosotros.

Los otros dos prisioneros iban a hablar en tono de protesta, cuando intervino de nuevo Juana Sandoval.

—Así lo haremos. Comprendemos que es nuestra única salvación.

Salvador envainó su sable y contempló cómo en el mar varias lanchas partían hacia el interior, impulsada rápidamente por los remeros piratas que iban en busca del huido.

Los tres prisioneros varones fueron encadenados contra el tronco de un grueso mangrove, mientras las dos mujeres eran amarradas con sogas marinas a otro tronco de palmera frente a sus amigos.

Y los piratas que habían procedido a atarlos se alejaros camino a la playa, seguidos por Salvador, que andaba con su característica marcha espaciada, asentando fuertemente la pierna válida y abriendo en compás la pierna de madera,

—¿Por qué no nos dejaste hablar Juana?—preguntó Hernán Sandoval. —Yo no quiero arruinar a nuestros padres, puesto que sé, y perdonadme hermanas por mi crueldad, que apenas recibiera el dinero, el pirata nos mataría igualmente.

—Pero, mientras, conservaremos nuestras vidas y rogaremos para que Lucrecio llegue a su destino.

—Confiemos en él dijeron al unísono los otros dos hombres.

Pero Hernán Sandoval se encogió de hombros.

Él no confiaba en que Lucrecio Núñez consiguiera escapar de la isla de las Palmeras.

Capítulo II

"Testa terca”

Lucrecio Núñez, cuando vio que el centinela volvía la espalda para recoger la jarra de vino que le tendía otro pirata, hizo un ademán silencioso de despedida y encaramándose a la ojiva abierta en la pared del camarote, deslizóse por la abertura.

Hercúleo y habiéndose visto otras veces preso conocía el Secreto de dejarse encadenar hinchando los músculos y ampliando su natural perímetro torácico hasta el máximo límite.

ÍY por esto, cuando quedó a solas en el camarote con los otros cinco prisioneros, quedóse en un instante libre, de sus cadenas implorando silencio a las sorprendidas hermanas Sandoval.

Lanzóse al agua, y, nadando entre dos aguas agotó su capacidad de resistencia en sumersión, saliendo a la superficie sólo cuando el casco del “Salvador” era una mancha lejana.

Respiró aire y volvió a sumergirse.

Mientras nadaba vigorosamente trazaba su plan de evasión. Adentrarse mar adelante era ir a una muerte cierta por cansancio o despedazado entre las agudas sierras de las fauces de los tiburones.

Fue contorneando la cercana playa, siempre nadando bajo el agua y al fin tomó pie en un recodo de la orilla oculto a la vista del barco pirata y su tripulación.

Internóse en la selva y echóse en el suelo exhausto por el rudo ejercicio que acababa de imponer a sus músculos.

Mirando al cielo azul recordó los ojos de Juana Sandoval y se prometió que dejaría de ser Lucrecio Núñez, “Testa Terca” como le conocían en el ejército español, si no acudía pronto con fuerzas suficientes para aniquilar al sanguinario Salvador y liberar a los prisioneros.

Aunque al pensar en los prisioneros, sólo pensaba en los ojos

azules de Juana Sandoval.

* * *

Al caer la tarde, Salvador fue viendo subir a bordo a los remeros piratas que había mandado en busca del fugitivo.

El negro Curro fue e1 último en subir a cubierta y detúvose ante Salvador, que le aguardaba con la pierna de madera empotrada en uno de los hoyos de cubierta.

—Lo comieron los tiburones, amo —dijo sonriendo. —Hemos recorrido todo el mar hasta más de diez millas a la redonda. Y el español no podía haber ido más lejos. Sabes que las aguas están infestadas de tiburones que acechan la carne...

Salvador no respondió. Levantó rápidamente el látigo que empuñaba y azotó duramente el pecho del negro, que retrocedió intentando escapar al castigo del pirata.

Pero Salvador estaba curtido en el arte de avanzar a saltos de hoyo en hoyo, corriendo de esa guisa con mayor velocidad casi que un hombre en posesión de sus dos piernas.

El negro intentaba apartarse de él, pero en su piel aparecieron surcos sanguinolentos hasta que el último latigazo fue de tal fuerza que lo derribó de espaldas por las escaleras que conducían a la cala.

Limpióse Salvador el sudor de la frente y enrolló el látigo alrededor de su cintura.

—Al español se lo han comido los tiburones, pero este.negro imbécil tiene la culpa de que huyera. Lo oyó lanzarse al agua y dice que se creyó que era uno de vosotros.

Miró torvamente a diestro y siniestro.

—¡Vosotros no estáis hechos para creer o pensar! Sólo servís para luchar bajo mi pabellón.

Ninguno de los piratas que le escuchaban a cierta distancia respetuosa, tomó la defensa del negro, azotado.

No habían nacido para creer ni para pensar... en nada que fuera humano y noble.

* * *

Lucrecio Núñez avanzaba penosamente a través de la selva.

Había decidido llegar a la parte de la costa opuesta a aquella en que se hallaba el barco pirata y desde allí intentar llegar a la más cercana isla española de la Concepción.

Avanzaba con los sentidos alerta, porque no desconocía que era posible que en aquel islote hubiera otros piratas aprovisionándose de frutas frescas y agua potable.

Divisó por fin, desde él matorral en que se hallaba, el fulgor del mar cercano, acariciado por los últimos rayos del crepúsculo.

Juzgó, tras media hora de espera, que ya la obscuridad le era propicia para salir de su escondite.

Un profundo silencio rodeaba aquel paraje desierto.

Anduvo hacia la orilla y llegaba ya próximo a ella, cuando una sombra se interpuso en su camino, pareciendo brotar inesperadamente del suelo arenoso.

Pero "Testa Terca" comprendió que el recién llegado había saltado desde la copa de un árbol próximo.

Abalanzóse hacia él con los brazos en en arco, dispuesto a derribarlo, pero se detuvo al sentir costra su pecho el pinchazo de la punta de una espada.

—¿Qué haces por esta playa, desconocido?—interrogó una voz bien timbrada, en español,

Desesperado al verse detenido en su fuga tan cerca de la salvación, Lucrecio Núñez prefirió morir, intentando una exasperada resistencia

Con el brazo apartó violentamente la hoja de la espada que le amenazaba, y proyectóse hacia delante, asiendo la cintura del hombre vestido enteramente de negro que le interceptaba el paso.

Pero si. "Testa Terca" era fuerte como un toro, su contrincante tenía además de una hercúlea musculatura, la flexibilidad de un acero toledano.

Soltando la espada, el adversario de "Testa Terca" apartó la cabeza, para evitar la acometida de frente de Lucrecio Núñez que intentaba tomar como punto de choque el rostro del hombre vestido de negro.

—Tenaz eres, espía —dijo el hombre vestido negro, mientras sus dos puños, chocaban violentamente contra los flancos del español.

"Testa Terca" soltóse del abrazo, doblándose hacia adelante.

Sintió en su nuca un fuerte mazazo, y se abatió cuan largo era sobre la húmeda arena.

* * *

Lucrecio Núñez abrió los ojos, mirando a su alrededor con hosco

semblante que reflejaba furiosa desesperación.

Estaba atado al palo mayor de un velero e iluminado por la luz de varias antorchas empotradas en las bordas.

Ante él, sonriente, un alto y atlético individuo de tez cobriza, cubierta la negra cabellera crespa y rizosa por un pañuelo rojo, le miraba, brazos cruzados sobre la negra camisa de seda.

—¡Malditos seáis todos!—exclamó Lucrecio Muñoz.

—Tate... Despertaste ya y con buena voz.

—¡Cuando al infierno llegue yo, pediré que pronto vengas tú a hacerme compañía!—gritó exasperado el español por la flema de su aprehensor.

—Hace mucho calor allí, español. ¿Cuál es tu nombre y qué hacías por los alrededores de mi velero?

—Me llamo Lucrecio Núñez y soy capitán de los ejércitos españoles. No buscaba tu velero, sino llegar a la isla de la Concepción, con lianas hubiera cortado un tronco, y después de vaciarlo lo hubiera acondicionado para que me sirviera do lancha.

—Quisiera creer que así fuera, pero más me hueles a espía.

—Si has de matarme, hazlo pronto. No soy espía y me he escapado de Salvador, otro pirata sin alma como tú.

—Eso quisiera yo, Lucrecio Núñez. No tener alma, para vivir más tranquilo. ¿Para qué quieres llegar a la isla de Concepción?

—¿Y a ti qué te importa?

—Si no me importase no te lo preguntaría, galán.

—¡Ordena ya a tus esbirros que me maten!

—¿Tan poco aprecio le tienes a la vida? Sin embargo, luchaste como un valiente, y en tu brazo hay el corte que te produjo mi espada cuando imprudentemente la apartaste de tu pecho. Si eres capitán de los ejércitos españoles, sabrás contestarme a una pregunta. ¿En qué barco venías, y cuándo has sido apresado por el antillano?

—En la fragata “Nuestra Señora de la Merced” y anteayer a la madrugada nos abordó el antillano a la altura de cien millas de la Concepción. Y presos quedamos sólo seis: cuatro hombres y dos mujeres...

Pensando en Juana Sandoval, perdió sus bríos el joven. Abatió la cabeza sobre el pecho.

Pero recordó que estaba ante otro hombre, y engalló la cabeza

de nuevo, con arrogancia.

—Saciada va tu curiosidad, puedes ya...

—¿Matarte? Sobra tiempo para ello. ¿Qué buscabas en la isla de la incepción si a ella hubieras llegado?

—Regresar con españoles y liberar a mis amigos. ¡Matando a cuantos más semejantes tuyos pudiera! ¡Hienas de mala calaña! No merecéis ninguno un trato distinto que al que a las fieras se les da.

—No insultes a los buenos y libres animales de la selva. Son mejores que tú y yo. Ahora estoy cierto que no eres espía y que no mientes al decir que eres capitán español. Sólo un loco español habla de matar piratas ante otro pirata. Pero casualmente, mi calaña no es de hiena, Lucrecio Núñez. Té dije ya que sufro una incomodidad. Me dieron un órgano de más, innecesario cuando se elige profesión como la mía. Me dieron un alma. ¿Curioso, verdad? Pero es así.

—Extraña es tu habla para un pirata. ¿Cómo te llaman?

—Le cogí gusto a mi apodo. Soy el Pirata Negro.

La tripulación del “Aquilón” estaba sentada en cubierta, lejos del palo donde se hallaba atado el capitán.

Ostentaban todos semblantes lustrosos, y satisfechas expresiones. Eran luchadores en reposo desde hacía aproximadamente un año.

Lucrecio Núñez recibió la mayor de sus sorpresas al sentir que las manos del Pirata Negro iban desanudando las ligaduras que lo inmovilizaban contra el mástil.

Creyó en una burla sangrienta al verse libre, pero respiró hondamente. Podría luchar...

Miró las anchas espaldas del Pirata Negro.

—Sígueme a mi camarote, Lucrecio Núñez. Necesitas una copa de vino y morder unos tasajos. Después quedarás muy dueño de seguir tu viaje hacia la isla de la Concepción.

En el camarote sentóse el Pirata Negro, mientras Lucrecio Núñez bebía tres copas de vino, una tras otra.

—¿No te llaman Carlos Lezama?— preguntó, recordando narraciones oídas en campamentos coloniales.

—Es mi verdadero nombre, como el tuyo es Lucrecio Núñez.

—Bueno, pues, digamos que así como a mí me llaman “Testa Terca”, a ti te aponían el Pirata Negro. Debo partir. Me dijeron que

había en el Caribe un pirata que era un caballero, y no lo creí. Ahora lo creo.

—En la Concepción no hay bastantes españoles para derrotar a Salvador y liberar a tus amigos. La guarnición no subirá más allá de treinta hombres.

—Treinta españoles valen por cien piratas, y dirigidos por mi valen doscientos— dijo orgullosamente Lucrecio Núñez.

Hay miríadas de tiburones en el minino. Volcarán tu esquife.

—Dame un puñal y habrá menos tiburones o uno más gordo que los demás porque mi carne es buen bocado pura ellos.

—Tanta tozudez encubre amoríos, Lucrecio Núñez. ¿Cuál es la mujer?

—Acertaste. Se llama Juana Sandoval y tiene el cielo en los ojos y rosas en las mejillas.

—¿Poeta y fanfarrón valiente? Tenemos ese defecto en común, capitán Lucrecio Núñez. Por otra parte, elegí esta isla para estar a solas y tranquilo. Era un pedrusco arrancado del paraíso, que cayó en el mar, para ser esmeralda de mis amores. Tú, tus amigos, y el antillano habéis venido a molestarme. También es cierto que tenemos un punto más en común: el mal llamado Salvador tiene cuentas pendientes conmigo. Voy a proponerte algo mejor que rellenar panzas de tiburón con carne de español, aunque seas valiente y testarudo. Escúchame con atención, “Testa Terca”. Yo...

Capítulo III

Ajustando cuentas

Salvador hurgóse los dientes con la astilla de madera que acababa de tallar en el borde de la mesa, donde los restos de la cena denotaban que el apetito del pirata no era turbado por su inocencia.

—Tráete a uno de los prisioneros. No el imberbe que tanto habla, sino el más viejo de ellos—ordenó al pirata que le servía la cena.

Acabó de comer y aguardó a que en el camarote entrase el preso, un anciano de largos cabellos blancos.

—Según me han dicho, tú no posees las cuatro mil onzas.

—Yo fui quien lo dije—rebatió serenamente el anciano—. Los Sandoval son ricos, yo no. Soy simplemente un oficial español. Y nuestras pagas no nos permiten ahorrar, sino vivir con decoro.

—¿Por qué no pagan los Sandoval tu rescate si tan ricos son? Me repugna esa avaricia...

—No lo pagarán porque yo no lo quiero. No ignoro que cuando llegue el dinero también a ellos los matarás.

Salvador tiró a la cabeza del anciano el contenido de una jarra de vino. El oficial encadenado sonrió amargamente, pasando la lengua por sus resecos labios.

—Sonreirás por poco tiempo, viejo masculló Salvador, que gritó:

—¡Traedme a una cualquiera de las gacelas!

Cuando Adelaida Sandoval entró en el camarote, colocóse junto al anciano, hombro contra hombro.

Salvador levantóse y asió la barbilla de la mujer encadenada echándole hacia atrás la cabeza.

Adelaida Sandoval estremecióse asqueada al sentir contra su rostro el aliento pestífero del pirata.

—¿No vale cuatro mil onzas ese viejo amigo tuyo? Contesta,

gacela, que aún no te voy a comer.

—Ya... ya las hemos pedido en el mensaje.

—Pero ese viejo no ha firmado y debéis saber que sin la firma los parientes no fían en nuestra preclara honradez de tratos. El debe firmar inmediatamente.

—¡No lo haré, pirata! Deja ya a esa dama. Nadie ni nada me pueden obligar a firmar.

El antillano sacóse de la faja un puñal, cuya punta colocó sobre la mejilla del oficial.



—¿Firmarás, vejestorio carcamal?

—¿Firmarás, vejestorio carcamal?

—No.

Cortó el antillano y unas gotas de sangre resbalaron por la mejilla herida.

Rió el antillano con honda risa gutural, brillantes los ojos.

—¿Firmarás, esperpento?

—No.

Salvador cortó la otra mejilla del anciano.

—Después empezaré con tus ojos, ¿te das cuenta, terco mulo?

Horrorizada, Adelaida cerró los ojos y, desvanecida, desplomóse

lentamente, cayendo tendida en el suelo del camarote.

El antillano miró por unos instantes a la exánime.

—No importa que tarde en despertar—masculló—. Ya habrá tiempo para todo. Es otro el asunto que ahora interesa. Escucha, viejo del demonio. Volverás al tronco de la playa, y dentro de media hora iré a visitarte. Entonces, no serán ya cortes, sino hachazos los que te segarán, primero un brazo y después una pierna y así hasta que sólo te queden dos dedos para firmar. ¡Firmarás aunque tenga yo que emplear tus dos últimos dedos! Ya lo creo que firmarás, y es merced que te hago, porque no vales ni cien onzas. ¡Lleváoslo!

Al oír el rugido entraron varios piratas.

La desmayada prisionera fue sacada en brazos y el anciano, empujado rudamente por otros dos piratas, salió a cubierta para ser descendido brutalmente hasta el bote.

Los remos les llevaron desde el anclado bergantín hasta el bosque donde pronto quedaron encadenados a sendos troncos.

* * *

El antillano visitó a sus prisioneros a las cinco de la madrugada; aun no había amanecido y el círculo de árboles fue alumbrado por los ocho centinelas, que enterraron en la arena los resinosos extremos de varias antorchas.

—Tengo al emisario esperando — anunció Salvador, abriendo las piernas y deteniéndose ante el oficial da blanco cabello—. Partirá hacia Méjico cuando tú hayas firmado.

—Puede ya partir, porque yo no he de consentir que robes en mi nombre cuatro mil onzas de oro a los Sandoval.

El antillano asió una antorcha como si quisiera ver mejor el rostro de aquel rebelde prisionero, que le contestaba con digna insolencia que no estaba dispuesto a tolerar.

Pero la llama de la antorcha chamuscó los blancos cabellos.

El oficial, al sentir el fuego quemar su cuero cabelludo, cerró los ojos, crispando la boca y mordiéndose los labios hasta sangrarlos, para no gritar de sufrimiento.

—¡Cobarde asesino!—gritó Hernán Sandoval, pugnando en vano para ponerse en pie.

Pero no se lo permitían las cadenas que lo sujetaban contra el tronco del mangrove.

—Luego ya me ocuparé de calentar tu cabeza—gruñó Salvador, que con varios manotazos rudos, apagó las llamitas que habían prendido en los cabellos del viejo oficial—. ¿Vas a firmar o no, estúpido testarudo irritante?

—¡Déjalo!—gritó Juana Sandoval— Yo escribiré en tu mensaje unas líneas a mis padres, diciéndoles que tú pides ocho mil onzas de oro por mí, y ellos las pagarán.

Sonriente y mostrando sus podridos dientes, el antillano avanzó hasta acariciar los cabellos de la española.

—Sí que vales ocho mil onzas, gacela. Te daré un beso porque eres digna de ello...

Repentinamente, en el centro del círculo formado por los árboles donde estaban encadenados los prisioneros, cayó, de la copa de uno de los más grandes, un cuerpo humano.

Carlos Lezama, el Pirata Negro, quedó en pie, iluminado por las antorchas, y en su diestra destelló con rojizos resplandores la hoja de su espada desnuda.

—Si esto no es llegar a tiempo...— dijo sonriendo y avanzando hacia el antillano.

—¡El Pirata Negro!—rugió el antillano, desenvainando su corvo sable y esgrimiéndolo en alto—. ¡Atacadle! ¡A muerte!

Entre Salvador y Carlos Lezama, cuatro piratas se interpusieron, alzando sus sables y aireando en las zurdas largos puñales.

El Pirata Negro describió veloces molinetes, evitando los tajos y mandobles que le prodigaban los piratas.

Salvador dio unos pasos de costado, intentado herir por la espalda al hombre que era odiado por todos los piratas del Caribe.

Pero sobresaltóse cuando a duras penas consiguió parar la feroz acometida de un nuevo atacante, que acababa de irrumpir en el círculo donde el Pirata Negro defendíase contra el ataque combinado de cinco piratas, envalentonados por su superioridad numérica.

Lucrecio Núñez, “Testa Terca”, menos ágil que Carlos Lezama, no había podido trepar con la silenciosa ligereza que el Pirata Negro había empleado para iniciar su ataque desde la cima del mangrove.

Pero ahora su brazo distribuía feroces estocadas, que Salvador a duras penas podía detener, sorprendido por aquel aluvión

torbellinesco del capitán "Testa Terca".

Las grises livideces del amanecer hicieron palidecer los rasgos de los esperanzados rostros de los testigos de aquella salvaje lucha.

Dos piratas, con el pecho perforado por la espada de Carlos Lezama, se desangraban dé bruces en el suelo, pero otros tres hombres se habían unido a los que le atacaban y ahora eran seis los que trataban de impedir que el Pirata Negro avanzase hacia su jefe.

A lo lejos, resonó el grito del vigía da la cofa, que desde lo alto del palo mayor del bergantín y formando portavoz con las dos manos, gritaba— estentóreamente:

—¡Barco a estribor! ¡Orza a favor del viento! ¡Luce pabellón del aguilucho!

El capitán Núñez acababa de recibir una traidora puñalada por la espalda, que le hizo dar un traspiés y batirse cuan largo era sobre la arena.

—¡Apresad a ese renegado!—aulló

Salvador, señalando, con su sable a Carlos Lezama que, rodeado por seis piratas, multiplicaba el raudo volteo de su brazo armado con la espada, mientras su puñal paraba incesantemente las furiosas y continuas acometidas de los cuchillos,

—¡Vuestro jefe huye mientras mis hombres acuden!—gritó Lezama.

Dos de los piratas volvieron el rostro, comprobando, que en efecto, sin el menor pudor, el cojo pirata abría cuanto podía el compás de su pierna de madera, corriendo en dirección a la lancha que flotaba anclada cerca de la playa.

La insignia del pabellón donde un aguilucho se cernía sobre una presa imaginaria, significaba que el temido "Aquilón", el velero artillado del Pirata Negro se acercaba a todo trapo para atacar el bergantín anclado.

El antillano prefería perder un rescate a perder su barco

Carlos Lezama triplicó sus esfuerzos al presenciar la huida de su enemigo y abrióse paso entre la muralla humana que le oponían los piratas, asestando dos vigorosos mandobles que hendieron las más cercanas cabezas adversarias.

Exasperado, el Pirata Negro luchó con frenético coraje, mientras arrastrándose por el suelo, el herido Lucrecio Núñez, segaba con su espada el talón de uno de los piratas, que cayó arrodillado.

Quedó sin vida al saltar sobre él “Testa Terca”, hundiéndole en la nuca la hoja de su puñal.

Cuando en el suelo yacían boca arriba y muertos por la espada del Pirata Negro los restantes bandidos del mar que habían combatido por salvar la vida de su jefe, Carlos Lezama vio como el lanchón en el que furiosamente remaba Salvador, tocaba ya el costado del bergantín.

Y las velas del “Aquilón” estaban aún lejanas, cuando el “Salvador”, levando anclas, zarpaba a todo trapo, alejándose de la bahía.

—¡Huyen!—clamó enfurecido “Testa Terea”, que olvidándose de su herida pensaba sólo en que no podía vengarse del pirata que había osado maltratar a Juana Sandoval.

—Aguardadme aquí y desencadenad a vuestros amigos. El cielo que hay en las pupilas de vuestra dama será el mejor de los bálsamos para vuestra herida…

—¡Cierto que sí!—exclamó fervientemente “Testa Terca”—. Pero, ¡no podréis dar alcance al bergantín!

—Mi velero es el más ligero de todos los mares y no hay barco alguno que le gane en celeridad. Me pasma vuestra ignorancia, “Testa Terca”.

Mientras Lucrecio Núñez, vacilante, por la sangre perdida y el feroz combate sostenido, se aproximaba a Juana Sandoval para librarla de sus ligaduras, el Pirata Negro asió una de las antorchas y con ella en alto corrió hacia la orilla.

Ya la luz de los primeros rayos del sol inundaba de claros matices la desierta orilla, pero Carlos Lezama agitó en el aire la antorcha, describiendo con ella rojos círculos.

En la borda del “Aquilón”, “Cien Chirlos” enfocó el catalejo sobre la orilla.

Cuando el anteojo se inmovilizó sobre su figura, seguro ya de haber sido visto, lanzóse Lezama al agua, sosteniendo entre sus dientes el puñal, por si en su camino hacia el velero percibía a flor de agua la estela de la aleta superior de los escualos que pululaban por aquellas aguas.

No podía esperar a que su segundo ordenase botar una lancha para recogerlo.

Aquello supondría unos minutos de pérdida, breve tiempo que

bastaría para que las ya lejanas velas del bergantín se perdiese en el horizonte, sin ser posible darle caza.

Nadó con largas brazadas en dirección hacia el velero y pronto sus manos asieron el tramo de la escala de cuerda que, desde cubierta, le habían lanzado sus hombres.

A fuerza de pulso fue ascendiendo por el costado del "Aquilón" y las manos de "Cien Chirlos" se tendieron hacia él para ayudarle a subir.

—¡Aparta, bellacón! — gritó, sonriente el Pirata Negro—. Al timón, que es ahora tu sitio, que no hay galgo mejor que tú para seguir la estela de liebre que huye.

Chorreando agua pisó Lezama la cubierta y corrió hacia el castillete de proa donde subió con ágiles saltos felinos.

—¡Desplegad todas las velas! ¡Ojalá revienten las lonas si no damos alcance a "Pata de Palo"!—exclamó, con voz que se impuso al fragor de las olas.

El mar abríase en abanico de espumas ante la afilada proa del velero, que adquirió velocidad, semejando un cuchillo lanzado por una catapulta.

La silueta del bergantín perseguido iba agrandándose y eran visibles desde el "Aquilón" los esfuerzos de toda la tripulación del antillano, que encaramados en lo alto de los palos desplegaban todas las velas de mesana para escapar de la persecución.

Pero el "Aquilón" poseía una esbelta línea robusta que le acreditaba como el más veloz de los veleros que surcaban el Caribe.

—¡Artilleros de babor! ¡Mechas!— ordenó el Pirata Negro.

Los dos buques distaban tres millas, cuando de la borda del bergantín brotó una llamarada precediendo el estruendo del triple cañonazo que silbando rozó las copas del "Aquilón".

—¡Tercia a barolento!— gritó Lezama y su orden, obedecida prontamente por "Cien Chirlos" que manejaba la rueda del timón, hizo zigzaguear al velero, evitando por escasos metros la segunda andanada que acababa de disparar el bergantín.

—¡Artilleros de babor! ¡Prestos!— gritó Lezama—. ¡Fuego rasante a palos! ¡Aplicad mechas!

Crepitaron las mechas quemando la pólvora.

El "Aquilón" sacudióse como un caballo encabritado, cuando los diez cañones de babor escupieron una rociada de metralla.

El aire enrarecióse con nubes de humo y olor de pólvora.

El bergantín disparó de nuevo, derribando de un cañonazo certero el palo menor del “Aquilón”, que abatiéndose sobre la borda, aplastó a los artilleros de proa.

—¡Artilleros de estribor! ¡Fuego a discreción! ¡Andanadas cerradas! ¡Fuego a toda mecha!

La descarga conjunta de los diez cañones hizo cabecear la popa del velero.

Alcanzado en el mástil central, el bergantín perdió velocidad segadas sus velas mayores.

—¡Hachas en mano! ¡Preparen garfios!

Protegiéndose tras la alta estructura, los piratas de abordaje empuñaron sus hachas y se tendieron en espera del choque final.

Otros subieron por las escaleras laterales de cuerda, asiendo los largos cables rematados en poderosos garfios, que habían de servir, al arrojarlos, para aferrar la borda enemiga.

En el bergantín del antillano tenían lugar los mismos movimientos que la tripulación del “Aquilón” efectuaba.

Media milla escasa separaba ya los dos barcos, cuando el Pirata Negro ordenó preparar los tablones que habían de servir de improvisados puentes para iniciar el ataque.

Estaban va dispuestos los tres barriles repletos de pólvora y metralla, por un costado de los cuales asomaba la mecha que había de provocar las explosiones.

Eran los barriles que Carlos Lezama llamaba “cucuruchos” y que destinaba a abrir claros en las filas enemigas y tratar de incendiar el santabárbara.

Colocóse entre los dientes una tea resinosa encendida y con poderoso esfuerzo que hinchó todos sus músculos, levantó sobre su cabeza uno de los barriles, cuyo peso era de cien kilos.

Acercó la mecha que colgaba del barril hasta que su extremo prendió en la llama de la tea resinosa que sostenía con la boca.

Con horrísono crujido chocaron los costados de las dos naves. Una red de garfios surcó los aires, restallando contra los pasamanos de las respectivas cubiertas.

Uno de los barriles bamboleóse por lo alto, impulsado con atlético lanzamiento por el Pirata Negro.

Estallaron disparos de arcabuz y pistola, mientras en los tablones

de madera tendidos de borda a borda, los primeros y más audaces atacantes gritaban enardecidos.

El barril cayendo a popa, reventó con estampido ensordecedor. Otros dos barriles le sucedieron y la santabárbara del bergantín crepitó ensordecedoramente al incendiarse los primeros cajones de pólvora.

—¡Avante, mis valientes!—gritó el Pirata Negro, saltando en pie sobre la borda y empuñando un barrote do una escalera de cuerda.

Dióse impulso, balanceando la escalera y con el sable de abordaje entre los dientes, salió proyectado por los aires.

Fue a caer a espaldas de los piratas del antillano, que resistían las acometidas de sus hombres. Todo ello sucedió en el espacio de pocos segundos.

Una explosión atronadora resonó en el aire; había estallado la santa bárbara, levantando una densa humareda que en huracanados torbellinos barrió la cubierta del bergantín y la onda explosiva lanzó al suelo a todos los que en aquélla se hallaban, quedando destrozados los más cercanos al polvorín.

Carlos Lezama cayó cuan largo era y Salvador fue el único de todos los combatientes que, hincada la contera de su pierna de madera en uno de los orificios de cubierta, resistió en pie el vendaval que la explosión del polvorín produjo, abatiendo, con los demás a Lezama.

El antillano, que sólo tenía la atención puesta en los movimientos de su principal enemigo, avanzó a saltos entre el negro humo, en dirección hacia él, llevando enhiesto el sable.

Afianzándose en los sucesivos agujeros que por el camino encontraba, fue acercándose al Pirata Negro, seguro de no ser visto entre los torbellinos de humo y pólvora.

Cuando vio con su único ojo maligno las anchas espaldas de Carlos Lezama, levantó el sable con un ronco grito de triunfo y con todas sus fuerzas abatió la ancha y pesada hoja.

Cortó la madera de cubierta, levantando astillas, mientras con una carcajada burlona.. Carlos Lezama saltaba en pie.

Había evitado la traidora acometida rodando de costado sobre la cubierta y ahora, en pie de nuevo asestó un recio tajo hacia el defraudado antillano, que rugiendo paró el golpe, colocando su sable encima de su cabeza.

—¡A mí!— llamó pidiendo la ayuda de sus hombres.

Pero nadie le oía porque todos estaban enzarzados en la más confusa y sangrienta de las luchas.

Los sucesivos mandobles del Pirata Negro obligaron a su enemigo a ir retrocediendo y ahincando a cada paso hacia atrás su pierna inválida, pero que era la mejor do sus defensas, en los agujeros que cribaban la cubierta.

—¡Calaveras y huesos, "Pata de Palo"!—exclamó alegremente Lezama, mientras avanzaba sañudamente volteando su sable—. ¡En eso te vas a convertir, para dar fe de tu pabellón!

—¡A mí!—aulló lastimeramente el antillano siempre retrocediendo, aunque oponiendo una hábil resistencia a los golpes que su odiado adversario le prodigaba.

Sabía Lezama que mientras el antillano conservase el sólido enraizamiento de su pierna empotrada en aquellos orificios, tenía la suficiente fortaleza rara no ser derribado. Y era un buen esgrimista.

Con el puñal amagó Lezama golpes al flanco izquierdo del pirata, que, hurtándose a la amenaza, anduvo hacia la proa que por efectos del agua que invadía la popa, se elevaba sobre las olas quedando al aire.

"Cien Chirlos" acercóse blandiendo su sable tinto en sangre. Por su rostro plagado de cicatrices resbalaba la sangre de un nuevo corte...

Sonreía ferozmente, dilatadas las fosas nasales; hacía tiempo que no se había "divertido" tanto...

—¡Nuestros son todos, señor!—gritó satisfecho.

Y su presencia junto a Lezama, sin luchar, indicaba que la tripulación del antillano estaba ya vencida.

El mar aparecía poblado de flotantes cadáveres y los heridos que en la borda quedaban, iban siendo rematados y lanzados al agua.

—¡Desengarfiad! — gritó Lezama, mientras seguía acosando a Salvador, que continuaba retrocediendo.

Su orden era para evitar que el lento hundimiento del ' bergantín arrastrase al fondo del mar al "Aquilón".

—¡Presto! ¡Todos mis valientes a bordo!—exclamó.

Disciplinadamente, sus hombres fueron abandonando el casco del buque vencido.

Adosado contra la base del mascarón de proa, Salvador

encogióse intentando esquivar los molinetes del sable de su enemigo, pero comprendiendo que iba a ser alcanzado por la hoja cada vez más cercana a su cuerpo, retrocedió de nuevo y su pierna no halló más orificios.

Tocaba ahora el principio del palo de proa, tendido en espolón sobro el esculpido madero que representaba un tritón.

En equilibrio sobre la estrecha pasarela, blasfemó iracunda, al vacilar privado del apoyo que en cubierta hallaba.

Ágilmente, el Pirata Negro dirigió estocadas con la sola finalidad do obligar a retroceder hasta el final al peor de los piratas del Caribe.

—No mires hacia abajo, "Pata de Palo”, que te va a dar mareo— rió, con exasperante burla, destinada a irritar aún más a su enemigo.

En postrer esfuerzo, el antillano lanzó su puñal contra su adversario; ladeóse Lezama, pero su movimiento de esquiva del arma mortalmente arrojada le hizo perder el equilibrio.

Con un prodigioso esfuerzo consiguió detenerse en la caída, quedando montado a horcajadas sobre el palo.

Abajo, bandadas de tiburones se cebaban en los cadáveres que flotaban unos instantes para desaparecer en medio de manchas rojizas.

El olor de la sangre excitaba a los demás escualos, que iban arrojándose ávidamente sobre los demás cuerpos, combatiendo entre sí.

El antillano asió el sable con las dos manos y con ciego furor lo abatió sobre Lezama, el cual, avanzando como si se hallara sentado en la silla de un caballo, rodeó con sus brazos las piernas del vacilante pirata.

Por unos instantes, los hombres del “Aquilón”, reunidos ansiosamente en la borda del velero dictante del casco del bergantín que iba hundiéndose de popa, elevando cada vez más su proa, vieron al extremo del espolón, a los dos jefes piratas, reunidos en mortal abrazo.

Un clamor unánime de desespero brotó de las gargantas de los piratas del “Aquilón”, cuando vieron caer a su jefe desde lo alto del bergantín, abrazado fuertemente al antillano.

Un revoloteo de aletas anunció que los escualos olfateaban

nuevas presas.

Bajo el agua, el Pirata Negro soltó la cintura de su contrincante para aferrarse a su cuello, mientras con las rodillas separaba al antillano.

Encima de ellos, las blancas panzas de los tiburones iban dando la vuelta para sumergirse y atacar a la doble presa que se agitaba bajo el agua.

Mientras estrangulaba a Salvador, aplicóle Lezama los pies sobre los hombros y cuando el único ojo del antillano saltóle de la órbita y su rostro violáceo mostró la lengua amoratada, el Pirata Negro se izó, tomando como apoyo los hombros del pirata, que hundióse hacia el fondo, mientras su vencedor remontábase a la superficie.

Un escualo se abatió, veloz sobre el antillano, despedazándolo con sus dos hileras de dientes agudos como sierras.

Otro tiburón cortó el agua, dirigiéndose hacia Lezama, que había escapado a la primera acometida del escualo.

Quitó de su faja el puñal y azotó con la otra mano el agua, levantando abundante espuma. Enturbiar el agua era obligar a los escualos a remontarse y en la superficie, para atacar, necesitaban girar sobre sí mismo al no poder morder de frente, por hallarse sus bocas abiertas en la parte inferior de sus cabezas.

Cuando uno de los escualos lanzóse hacia Lezama, éste blandió el puñal con la hoja hacia arriba y la empuñadura hacia abajo.

Sumergióse y al pasar por encima de él el tiburón, rasgó con vigorosa puñalada el blanco vientre del monstruo carnívoro.

Una espesa sangre cegó a Lezama al volver a subir a la superficie, pero sintió que la muerte se avecinaba, ya que aquella lucha desigual no podía durar largo tiempo.

Percibió un roce contra su espalda y volvióse flotando, puñal en alto, pensando ver la ancha boca abierta de un escualo, pero desde hacía unos instantes, de la borda del “Aquilón”, partía un nutrido tiroteo de arcabuces y pistolas, crepitando sobre el mar en atinado círculo defensivo y acribillando a los tiburones que intentaban acercarse por la superficie.

Y las manos del Pirata Negro asieron con avidez el extremo de la escala de cuerda que le había lanzado expertamente “Cien Chirlos”.

Y el feo rostro del pirata de las cicatrices rió contento, con semejanzas de gárgola grotesca, cuando atraído con fuerza por los

poderosos brazos de “Cien Chirlos” elevóse en el aire el cuerpo del Pirata Negro, cuyas botas inútilmente trataron de alcanzar dos tiburones, irguiendo sus cabezas a flor de agua.

Cuando Carlos Lezama estuvo a bordo, todos los chambergos destrozados, los gorros de lana mugrientos y los tricornios remendados, de los piratas del “Aquilón”, volaron por los aires, lanzados por las manos de los entusiasmados tripulantes que saludaban con gritos de victoria la indemne figura del que era para ellos, más que un jefe, un dios.

Capítulo IV

La recompensa

Juana Sandoval, enlazada al brazo del capitán Núñez, presenció, junto con los otros españoles, la llegada del “Aquilón”, de cuya borda se destacó un bote, que suspendido unos instantes en el aire, fue a posarse en el aquietado mar de la bahía.

En el remo iba “Cien Chirlos”, conduciendo al Pirata Negro.

—Nunca creí posible que un pirata obrase tan caballerosamente —comentó el viejo oficial—. Pese a cuanto decís, “Testa Terca”, creo que nos salvamos, de uno para caer en manos de otro. Si aquél pidió cuatro mil onzas, éste pedirá menos y no nos maltratará porque decís que es un caballero... pero sigue siendo un pirata, negrero de rescates.

—Os ruego, amigos míos, que no habléis—dijo el capitán—. Yo ya conozco al Pirata Negro y sabré tratar con él. Puede ser muy caballero, pero será también como yo lo soy, muy quisquilloso. Y vos, Hernán, callaos por favor, no Comprometáis la suerte de vuestras hermanas mientras haya una esperanza. Él se ofreció a ayudarme y ha cumplido su palabra.

—¿Creéis, acaso, que nos ha salvado del antillano por inclinaciones sentimentales?—rebatió Hernán Sandoval—. Ellos son negreros... Tiburones que se arrebatan las presas entre sí. Eso es todo. Hemos cambiado de collar, pero no de cadena.

—No lo creo así. Viene solo, como veis, porque fijaos en que el pirata que le acompaña se ha quedado en la lancha.

Cuando el Pirata Negro llegó ante los seis españoles, quitóse el sombrero saludando a las dos damas.

Era su primer gesto y después, al inclinarse levemente ante los hombres, despertó en ellos una sensación de alivio y extrañeza.

—Bien, capitán de la terca testa. El antillano está siendo

digerido por un voraz tiburón que no vaciló ni tuvo remilgos de engullir una pata, de palo. Quizá piense utilizarla como mondadientes.

—Ved, Lezama. Todos os agradecemos vuestra intervención, pero... esos caballeros desean manifestaros su agradecimiento en forma palpable y sonante. ¿Os parecen bien mil onzas de oro por persona?

El Pirata Negro sonrió, acariciándose el lóbulo, del que colgaba su arete de oro.

—Os menospreciáis, caballeros, al valoraros en la mísera suma de mil onzas,

Al oír aquellas palabras, el anciano oficial cabeceó con amarga expresión de escepticismo.

Ya sabía él que un pirata era siempre un pirata.

—¿Qué queréis significar?—preguntó “Testa Terca”.

A la vez que preguntaba, quitó de su brazo la dulce presión de la mano de su prometida, presto a combatir, si era preciso, contra el que creyó hasta entonces un caballero llevado por el azar y la fuerza de ignoradas circunstancias a ejercer la profesión de pirata.

—Escuchadme bien, españoles. Madre tuve de vuestra raza, y ella supo inculcarme, con su sangre, principios de rectitud. Nunca he cometido nada que me inspire la menor vergüenza. Me habéis, quizá, ofendido al ofrecerme dinero. Pero os perdono, porque ¿qué puede esperarse de un afamado pirata?

Estalló en breve carcajada, señalando hacia el mar.

—Sois libres. Ahí tenéis la alfombra azul. Ved aquel lanchón que se acerca. Contiene alimento y bebida. Sois cuatro hombres. Hernando, alcanzaréis la cercana isla de la Concepción, y cuando alguien hable del Pirata Negro, si habla bien, escuchadle, y si habla mal...

—Le parto la cabeza—gruñó decidido “Testa Terca”.

—No, capitán. Os lo agradezco, pero no me habéis dejado terminar mi frase. Si alguien habla mal de mí, dejadlo hablar. Sólo yo sé quién soy, y me basta. Y ahora, recordad, linda dama de ojos azules, que fue por la terca testa del capitán que os contempla embobado con amorosa expresión, por lo que mi barco salió de su reposo.

Juana Sandoval avanzó un paso, tendiendo su diestra.

—Felicidad os deseo, señor, por la, que me habéis permitido gozar en lo futuro.

Inclinóse Lezama besando la diestra ofrecida.

—Gracias, señora. Esa es la mejor recompensa.

Inclinóse de nuevo, destocándose, y se dirigía en silencio hacia la playa, cuando los cuatro españoles le rodearon, estrechándole las manos calurosamente.

—Vida salva siempre tendréis, caballero Lezama allá donde esté yo cuando desembarquéis—dijo el capitán Núñez abrazándole vigorosamente.

—Deseo no comprometeros nunca a ello, “Testa Terca”. Adiós, y olvidad este islote.

El anciano oficial cuadróse militarmente al alejarse la hercúlea figura del caballeroso pirata.

—Nunca podré olvidar—dijo en voz baja y conmovida—que he conocido un pirata español que me ha dado envidia, señores. Tiene la hidalguía del más cumplido caballero.

Un lanchón ocupado por cuatro hombres remando y dos mujeres alejábase rumbo a la isla de la Concepción.

Mar adentro, y dando vuelta al islote, para anclar junto al campamento, el “Aquilón” desplegaba todas sus velas, y en el castillete de proa el Pirata Negro silbaba entre dientes una alegre melodía, que todos sus hombres coreaban, dominando con sus voces la canción eterna de las olas.

EPILOGO

El velero fue a anclar en la recoleta cala abierta entre dos altos acantilados.

Reunidos todos en cubierta, al inmovilizarse el barco alzaban el rostro, mirando hacia el castillete de proa.

—Hora era que nos dieran una ocasión de tener un poco de ejercicio, mis valientes. Cerca del año llevamos viviendo como nuestros primeros padres, cuando correteaban por el Paraíso y no habíanse aún inventado las pasiones humanas. ¿Dije algo?— y rió sonoramente—. Eso de pasiones no va con vosotros, hatajo de peleones. Beber, luchar y cantar es credo noble. Hermoso era nuestro islote, pero tenemos que abandonarlo. Las olas del Caribe trasladan sus mensajes. Veríamos quebrantada nuestra soledad. Haremos rumbo más adentro del Caribe. Iremos en busca de lugar más tranquilo, y, de vez en cuando, el Azar estará de nuestro lado y nos traerá una ocasión de combatir para desentumecer nuestros miembros. Los que tengan chozas, quiten de ellas sus menajes y utensilios. Al amanecer zarparemos.

Rompieron filas los tripulantes del “Aquilón”, y Carlos Lezama asió por el brazo a su lugarteniente.

—Bien, don Marcelo. ¿Vamos a visitar al mocito?

“Cien Chirlos” cabeceó vigorosamente. Su frente olía a vinagre. Su panacea contra todos los golpes y heridas.

Un bote les llevó a la playa, y luego internáronse por un sendero ascendente que conducía a un espacio abierto en el acantilado.

En el umbral, una mujer de frágil belleza de madona sonreía con el gozo de la madre que presenta al mundo entero el finito de su carne.

Si algún testigo hubiera presenciado la escena en la que aquella joven madre presentaba al extremo de sus brazos un montoncito de

ropas, con orgullo siempre renovado, no habría podido adivinar que la única mujer que había en el islote era Mireya de Ferjus, marquesa de Corbigny, la que había renunciado a su castillo y riquezas para ser la solitaria esposa de un pirata perseguido.

Carlos Lezama cogió entre sus brazos el fragante envoltorio de ropas blancas, de las que salía un vagido tembloroso.

—¿Cuántos...?—preguntó a su esposa, guiñando un ojo.

—Noventa y siete días con... once horas—dijo triunfalmente "Cien Chirlos".

—¿Y a ti quién te preguntaba, don Marcelo?—fingió irritarse el Pirata Negro—. Siempre lo mismo. Estás chocheando, aragonés.

Mireya de Ferjus, riendo, enlazó su brazo al de "Cien Chirlos".

—Sin vos, no luciría mi hijo repitas tan bellas, don Marcelo.

'"Cien Chirlos" hizo un gesto pudoroso, como anonadado. 'Mireya de Ferjus, tras recibir el beso de su esposo, entró en la cueva, puntuosamente tapizada.

Era el rito diario, sólo que en aquella ocasión habíase retrasado. El oloroso aroma de café extendióse por el umbral...

El Pirata Negro examinaba el rostro enfurruñado de su hijo...

—Parece que está de mal humor hoy, ¿no?

—El sol que le da en la carita—explicó "Cien Chirlos", doctoralmente.

—No me gusta eso—y el índice del Pirata Negro apuntó al rubio vello que clareaba la pequeña cabeza—. Es pelusilla poco viril.

—¡Oh, señor!—protestó "Cien Chirlos"—. Al ir creciendo se pondrá negro. Tiene unos puñitos que prometen.

—¿Quieres cogerlo un poco en brazos?

—¿Sí!... Bueno, sí, señor... Es que resulta divertido eso de que un puñadito de carne así..., pues, eso, que sea un día un mozo robusto.

Entregó Lezama su hijo al aragonés, que con cuidados exquisitos cogió a la criatura como si fuera de cristal quebradizo.

—Le daré el baño de sol, señor. Cosa sana para los músculos.

El Pirata Negro contempló unos instantes al corcusido pirata, que ahora, sentado en una roca, colocaba sobro sus piernas el envoltorio de blancas ropas.

Entró en la cueva, encogiéndose de hombros, sonriente.

"Cien Chirlos" se cercioró de que estaba solo, y entonces su voz adquirió un matiz muy distinto al que conocían y temían los

tripulantes del “Aquilón”.

Hundió con delicadeza su dedo índice en el carnoso vientre del bebé.

—¿Quién os quiere más que yo, eh? —preguntó, sonriendo con arrobo y totalmente inconsciente de la ridícula mueca que contrajo su rostro—. Vos vais a ser un mozo que causará sensación... Pongamos esa tripita al aire. Que os dé el sol y la brisa salobre. ¡Ah, ah! Con que nos retorcemos, ¿eh? Señal de que, como a los lagartos, nos gusta el padre Sol...

En el interior de la cueva sentóse Lezama, mirando como su esposa vertía en tres tazas de plata el humeante brebaje.

—Se la llevaré a don Marcelo—dijo ella—. Está con Humberto y es su mejor placer.

Cuando regresó ella, sentándose ante su esposo, Carlos Lezama volvió a encogerse de hombros.

—Ese aragonés está totalmente idiotizado con nuestro hijo. Ayer mismo le sorprendí diciéndolo una sarta de estupideces angustiosas. Por suerte, nuestro hijo no puede aún entenderlas.

—Tanto más pueril es el hombre, cuanto más virilmente ha vivido. Un niño, Carlos, infantiliza los espíritus.

—Crece débil, Mireya.

—No. Es obsesión tuya.

—Mi... otro hijo, a su edad, era más robusto— ¿Nunca te extrañé el que no quisiera darle yo por nombre el mío?

—Supuse que te recordaría a nuestro Carlos. Sí, digo nuestro. ¿Qué importa que no fuera yo su madre? Tus penas y tus alegrías son las mías, Carlos. Hiciste bien en darle el nombre de tu padre. ¿No habrá de heredar el título de Ferblanc?

Terminó el Pirata Negro de apurar su taza.

—A veces, Mireya, tengo un remordimiento.

—Mil vidas tuviera, mil las quisiera como ésta.

—No, Mireya. Tú no puedes ser feliz viviendo así, en esta rusticidad, alejada de todo, expuesta a peligros...

—¿Qué más puedo querer? Un hijo, tu amor...

—Necesito un hogar para ti y para él. Tú nunca cometiste crimen alguno para vivir apartada de toda sociedad.

—Tampoco tú.

—Mi cabeza está a precio en todas partes, Mireya.

—Nadie dará por ella, cuanto vale— dijo ella, sonriente.

—¡No hay medio de discutir contigo!

—Siempre eso me propuse, Carlos. Nunca he de discutir contigo... A menos que... otra mujer pretendiera arrebatarme lo que es mío.

—Amor salvaje, ¿eh?

—Tus ironías resbalan sobre mi blanca tez— dijo ella, alegremente.

—Tratemos por una vez de hablar en serio, muñeca. Cada día estoy más enamorado de ti... y abusas dé ello. ¿Dónde está tu lógica de mujer?

—¿Dónde está tu hermosa despreocupación?

—No puedo ya continuar riéndome como un pájaro libre. Soy feliz, inmensamente feliz, Mireya. Tú has sido y eres la esposa ideal, en que siempre soñé. Pero...

—Una vez dijiste que la palabra "pero" estropeaba todas las frases bonitas. Yo soy feliz y no hay "peros" en mi dicha.

—Nuestro hijo será Humberto de Ferblanc y marqués de Corbigny.

—Desprecias los títulos.

—Yo, quizá. Pero él..., ¡él no quiero que nunca sea un paria con apodo!

—Hay apodos que valen más que títulos mal llevados.

Levantóse el Pirata Negro y, cogiendo en brazos a su esposa, volvió a sentarse, con ella abrazada a su cuello. Al oído fue diciéndole:

—No podemos seguir así, Mireya. Las olas del Caribe hablan. Fuerzas legales, podrían venir a molestarnos. ¿Es eso vida? Huir, ir de un lado a otro... ¿Qué culpa tienes tú de los errores que yo pueda haber cometido? ¿Qué culpa tiene nuestro hijo?

—No hay culpa, sino error en los otros.

—Existe una ley contra la que es inútil querer luchar, Mireya. Es la ley social. Yo la quebranté al izar pabellón de rebeldía y desacato a toda ley escrita.

—A lo hecho, pecho—dijo ella, riendo—. A propósito, es la hora del alimento.

El Pirata Negro salió al exterior, y contempló el agreste paisaje.

—¿No era más fuerte mi Carlos a esa edad, guapetón?—

preguntó, sin mirar a su lugarteniente.

—Los dos, señor, son robustísimos.

—Era... ¿Te acuerdas cuando reía como yo, y, abierto de piernas, colocaba sus puños en las caderas? Un completo perdonavidas, ¡maldita sea! —y la voz del Pirata Negro sonaba ronca—. Peleaba como un jabato. Hubiese sido un galante machito.

—Nuestro Humberto lo será también, y perdona, señor, si por vez primera en mi vida te falto al respeto, pero quiero repetir una frase tuya. “Lo pasado no existe ya...” Pégame, señor, mándame azotar, pero si no hablo, reviento.

—No lo quiero yo. Si revientas, será a mis manos, don Marcelo.

—Así sea—dijo heroicamente el aragonés—. Hay instantes en que te abismas, señor, en pensamientos insanos. Sí, señor; tú, el hombre más valeroso del mundo, te acuerdas demasiado del que enterraste en tu corazón. Carlos Lezama, tu hijo no murió, porque ahora... ¡ahora ahí dentro tu esposa amamanta a Humberto de Ferblanc, hijo de Carlos Lezama y hermano en vida del que vive también en mi corazón! Perdona, señor, pero ¿crees que yo tampoco no siento lágrimas arañando en mi pecho cuando recuerdo al majo chaval que me daba buenas puñadas? Y de pronto, señor, siento un susurro de brisas que hincha mi pecho, porque la mano de Humberto coge la mía... ¡Y oigo, señor, oigo la voz del otro! Su voz diciéndome quedito: “Cuida mucho de mi hermano, guapetón. porque será como yo, un machito majo y orgullo de todos...”. Torpe soy, hablando, y ya ves, señor, he hallado palabras que no sé de dónde me salen, pero me brotan a chorros. Y más quiero decirte... y pega cuando termine, porque lo merezco.

—No cortes el chorro. Continúa— dijo secamente el Pirata Negro.

—¡Ahí va, pues! ¿No has pensado, señor, que tu esposa puede tener tristeza en el alma cuando hablas de tu otro hijo? Es madre... Y yo de mujeres no entiendo... Pero si yo hubiese construido un barco, mataría a quien me hablase de otro mejor. Tu esposa es noble... No hablo de la cuna, señor, que eso no cuenta. Es noble por buena y porque sabe ser madre y darte felicidad. Pero ¿evitarás cierto resquemor en su alma? Y ahora... tú ordenas, señor. Comprendo que me he tomado libertades que nunca soñé fuera yo capaz.

El Pirata Negro asió por el coleto a su lugarteniente. Lo zarandeó... Su silencio puso congoja en el ánimo de “Cien Chirlos”...

—¡Bravo, guapetón! Otro cualquiera me dice lo que acabas de espetarme, y son sus últimas palabras. Que a nadie le consiento yo lecciones, ¿estamos? A nadie... que no seas tú, y no me extraña que hayas empleado tanta elocuencia, porque yo sé la fuente de dónde brotó.

El puño del Pirata Negro chocó en el lado izquierdo del pecho de su lugarteniente.

—Ahí dentro está la fuente, bellaco.

En el umbral, abrochado ya el corpiño, apareció Mireya de Ferjus. Fue a colocarse entre los dos hombres.

El brazo derecho de Carlos Lezama enlazó el talle de su esposa. Su mano zurda se posó en él ancho hombro de “Cien Chirlos”.

—Tres buenos troncos, ¿no os parece? “Mi” Humberto va a ser un recio mozo.

Era la vez primera que anteponía el posesivo al nombre de su hijo. Mireya de Ferjus alzó el rostro sonriendo, iluminados los ojos por intensa felicidad.

—Es curioso, don Marcelo, lo que así sucede. No te cases nunca, créeme. Perderás todas tus propiedades. Fíjate en esto: mi excelentísima esposa se atreve a decir: “nuestro “Aquilón”, “nuestro lugarteniente”, “nuestro hijo”... ¿Te das cuenta? Transijo en compartir con ella mi barco y en que te dé su mejilla... ¡Anda, bésala!

Mireya de Ferjus aplicó su mejilla contra el rugoso rostro de “Cien Chirlos”, que depositó un ósculo que tenía la unción mística de un salvaje ante la divinidad presentida.

—Pero hay algo que me revienta, señora marquesa. Vos disteis a luz a mi hijo: vos parecéis demasiado orgullosa de mi hijo... ¡Traed acá! Tú eres testigo de lo que afirmo, guapetón. Mi barco contra vuestro collar, señora, a que la primera palabra que mi hijo pronuncie será la de “padre”.

Mireya de Ferjus apoyó su rostro contra el pecho del Pirata Negro, simulando besar a su hijo, mientras lágrimas de gozo rociaban el infantil rostro de Humberto de Ferblanc.

Una aureola de dorados fulgores solares envolvía las tres figuras, que vivían un momento en que los segundos cuentan por siglos, allá

en el acantilado que dominaba la bahía donde el "Aquilón", meciéndose en las aguas, invitaba a surcarlas en busca de un hogar perenne.

